EL DON DE IVÁN

IWRI

A Michael Ende

Primera Parte

Capítulo I

Un cachorro y un timbal

En la pequeña provincia de Pireia, tierra de pastores, había una casa habitada por un hombre, una mujer y el hijo de ambos. El hombre se llamaba Elías Pastor, la mujer Marianela Tejedora; y el niño llevaba por nombre Iván, aunque nadie lo llamaba así. En su familia, todos le decían Vani.

Cuando Iván estaba próximo a cumplir siete años, pasó el tío Eusebio de visita. Llegó en su habitual carreta, tirada por un caballo llamado Basalto.

Elías, Marianela e Iván salieron a recibirlo. Tras largos abrazos, lo invitaron a entrar a la casa, pero él los detuvo y les dijo:

—Esperen un momento: Antes de entrar, quiero presentarles el regalo que le he traído al pequeño Vani —se llevó dos dedos a la boca y emitió un agudo chiflido.

De la parte de atrás de la carreta, brincó un alto y delgado perro color marrón con manchas negras. Corrió hacia Eusebio sacudiendo sin cesar su cola inquieta.

—Se llama Voraz —dijo Eusebio dirigiéndose a su sobrino—. Tienes que ver cuánto come…

Iván se quedó paralizado de alegría. Su mirada fue incapaz de desprenderse del perro y en su boca se dibujó una generosa sonrisa.

—Vamos, Vani —exclamó Eusebio sonriente—, saluda a tu perro.

Iván no sabía a quién abrazar primero, si a su tío o a su perro. Se decidió por este último, al que abrazó con todas sus fuerzas, mientras su tío traía de la carreta otros dos regalos.

A su cuñado Elías, le obsequió un macizo cayado tallado en madera de roble, que era casi igual de alto a él. A su hermana Marianela, le entregó una elegante bolsa de cuero. Ella la abrió y no pudo disimular su extrañeza al ver lo que había dentro: su hermano Eusebio le había traído un timbal.

—No es un instrumento cualquiera —se apresuró a decir Eusebio—. Si te das cuenta, este es un timbal de un solo parche; y ese parche está hecho con un material muy especial —acercándose a Marianela, tocó con las yemas de sus dedos la extraña tela de la que estaba hecho el parche—. Según los que saben de este tipo de instrumentos, esta parte se llama tímpano…

—Tímpano —repitió Marianela sin salir aún de su extrañeza—, como el del oído.

—Así es; pero este parche o tímpano es especial porque está tejido con hilo de araña…

—¡Ay, Bito —exclamó Marianela—, tú siempre con tus cuentos! ¿Te cansarás algún día?

—Creo que podemos estar de acuerdo —habló Eusebio sin perder la calma— con que probablemente tengo un don que no es otro sino el de contar historias. Pero créeme si te digo que yo mismo vi cómo tejieron el tímpano de este timbal. Fue en un pueblo muy alejado de aquí en el que sus habitantes domestican un tipo de araña muy grande, de la que extraen su hilo…

—Te creeré cuando me traigas una araña de esas domesticada…

—Está bien, Marianela, no me creas —retomó Eusebio—; aunque espero que me creas que el hilo de araña hace que el tímpano de este timbal sea más resistente que el hierro…

Mientras Marianela reía, Eusebio tomó el timbal y lo puso sobre el césped. Luego, agarró el macizo cayado, lo aferró con fuerza de uno de sus extremos y caminó hacia el timbal.

—Les sugiero que se tapen los oídos —dijo Eusebio.

—¡¿Qué vas a hacer?! —exclamó ahora Elías.

—No se preocupen —contestó—, solo tápense los oídos.

Dicho esto, levantó el cayado lo más alto que pudo para después, con toda su fuerza, descargar un terrible golpe sobre el tímpano del timbal.

El timbal pareció rugir, llenando con su estruendo el valle entero. Los vidrios de la casa temblaron, Voraz lanzó un aullido lastimero, mientras Elías, Marianela e Iván, cubriéndose aún con las palmas abiertas sus oídos, observaban el tímpano del timbal, sin poder creer que no se hubiera roto después de recibir semejante golpe.

—No puede ser verdad… —musitó Marianela al recoger el timbal del suelo.

Eusebio rio de buena gana mientras le devolvía el cayado a su cuñado Elías.

—Te dije que no tenías de qué preocuparte. Incluso, puedes dejar que Iván lo toque tanto como quiera. No se va a romper, es más resistente que el hierro…

Del fondo de la elegante bolsa de cuero, Eusebio extrajo dos palitos de madera.

—Estas son las baquetas con las que se toca este timbal. Son también de madera de roble, como el cayado.

Después de la demostración, todos entraron a la casa, incluido Voraz. Se acomodaron en la sala mientras Marianela preparaba una infusión de manzanilla con fresas silvestres y ponía a calentar a fuego lento algunos panecillos que había preparado horas antes.

Voraz no dejaba de moverse de un lado al otro, olisqueando todo, reconociendo el que era su nuevo hogar. Iván no dejaba de seguirlo ni de sonreír, inundado por una felicidad tan grande que parecía no caberle en su cuerpecito.

Elías y Eusebio se deleitaban observando los ires y venires del perro y su joven amo.

—¿Cuántos años tiene? —preguntó Elías.

—Aunque no me lo creas, Voraz cumplió hace poco seis meses…

—¡Cómo! —exclamó Elías— Yo pensé que tenía al menos dos años.

—Por algo se llama Voraz —contestó Eusebio con una sonrisa.

Marianela regresó a la sala trayendo una bandeja sobre la que había cuatro tazas humeantes y una canastilla llena de panecillos.

—Bueno, bueno, bueno —habló Marianela levantando la voz—, ya está bien. Ustedes dos, basta de carreras. Es hora de comer.

Al sentir el olor de los panecillos calientes, Voraz corrió hacia Marianela y, sin dejar de sacudir la cola, levantó el hocico hacia la bandeja y ladró.

—¿Y a ti qué te pasa? —preguntó Marianela mirando al perro.

—Parece que tendremos que poner un puesto más en la mesa —dijo Eusebio.

Se sentaron a la mesa —excepto Voraz, que se quedó entre Eusebio e Iván—, levantaron las tazas a la salud del reencuentro y comieron.

Iván, que fue el primero en terminar, se levantó de la mesa; pero Voraz no tuvo intenciones de seguirlo. Para el perro, la comida aún no había terminado. Así que el pequeño Iván caminó hasta donde estaba el cayado nuevo y lo reconoció con las yemas de sus dedos. No se atrevió a moverlo; no solo era del doble de su altura, sino que además, con solo tocarlo, se había dado cuenta de que su fuerza no alcanzaría para sostener el peso de ese robusto cayado.

No tardó en aburrirse. Así que, en vista de que Voraz seguía junto a la mesa, con el hocico apoyado en el muslo del tío Eusebio, decidió echarle un vistazo al timbal. Lo sacó de la elegante bolsa de cuero y con sus dedos recorrió el tímpano. Le sorprendió lo suave que era, después de haber visto el golpe que había resistido.

Sacó también el par de baquetas. Las miró largamente, sintiendo en sus yemas la misma dureza del cayado.

—¿Qué estás haciendo, Vani? —preguntó Marianela desde la mesa.

—¿Quieres tocar el timbal? —preguntó Eusebio.

Iván asintió con entusiasmo y miró a su mamá a la espera de autorización.

—Vamos, mujer —le dijo Eusebio a Marianela—, deja que desahogue un poco su energía.

—Está bien —accedió ella—, pero no toques muy duro.

Iván sonrió, puso el timbal en el piso y, sin soltar las baquetas, se sentó ante él cruzando las piernas, dispuesto a comenzar a tocar en cualquier momento.

—Cuéntanos, Vani —habló el tío—, ¿qué canción vas a tocar?

—Voy a tocar una canción —contestó con una inesperada seguridad— que cuenta cómo Voraz espanta una manada de lobos. Comienza cuando los lobos se acercan al rebaño, sin hacer ruido…

Iván entrecerró los ojos, concentrándose; y empezó a golpear muy suavemente el tímpano del timbal con la punta de cada baqueta.

—Nadie los escucha —continuó Iván—; pero, de pronto, los lobos salen de su escondite y corren hacia el rebaño.

Iván empezó a golpear el timbal cada vez con mayor fuerza y velocidad, asombrando con sus firmes movimientos al trío de adultos y al perro. Ni Elías ni Marianela ni el mismo Eusebio —que a lo largo de sus viajes había visto muchas cosas extraordinarias— podían creer lo que estaban viendo y escuchando. Los maravilló cómo el pequeño Iván imitaba el sonido de los animales con el timbal; pero más los impresionó la seguridad de los golpes que iba descargando sobre el tímpano del instrumento, con una destreza increíble y un control de las baquetas tal que parecían extensiones de sus manos.

El acto no duró más de un par de minutos, pero fue suficiente para hacer que los adultos lo aplaudieran y Voraz olvidara por un momento la comida y, batiendo su cola, se acercara a Iván, como pidiéndole que interpretara nuevamente la canción.

Marianela miró a Elías y a Eusebio; y emocionada dijo:

—Tiene un don, mi hijo tiene un don.

Capítulo II

La familia de Iván

La noticia del extraordinario talento de Iván para tocar el timbal no tardó en llegar a toda su familia. La abuela Anabella, madre de Elías, propuso una reunión familiar para celebrar los setenta años de su esposo, el abuelo León; y, de paso, escuchar a Iván tocar su timbal para la familia.

Al enterarse de esta propuesta, Conrado y Dalia, los padres de Marianela y Eusebio, ofrecieron su casa, ubicada junto al mar, para realizar allí la reunión.

Elías, Marianela, Iván y Voraz viajaron con Eusebio en su carreta durante casi una semana. Fueron los últimos de la familia en llegar a la casa de Conrado y Dalia. Primero había llegado Victoria, hermana de Elías, junto con su esposo Jeremías y sus cinco hijos: Leónidas, Luis, Samuel y los mellizos Eliseo y Alicia. Luego, casi al mismo tiempo, arribaron los otros dos hermanos de Elías, Calixto y Freides. Calixto llegó con su esposa Laudelina y sus tres hijos: Remedios, Gabriel y Maricela. Y Freides, que se encargó de recoger y llevar a León y a Anabella, llegó con su esposa Genoveva y sus tres hijos: Demetrio, Emilia y Gaspar.

Conrado y Dalia vivían en una espaciosa casa, rodeada de viñedos, muy cerca de la playa. Los padres de Marianela y Eusebio llevaban años dedicados a la producción de vino. En toda la provincia de Istele, donde habitaban, sus vinos eran conocidos y apreciados.

Cuando toda la familia estuvo reunida, Conrado y Dalia se encargaron de preparar una enorme cena que tuvo como plato principal pescado, pescado de

mar, lo que alegró mucho a todos los visitantes, ya que no era frecuente en su dieta ese manjar.

Comenzaron la cena con un brindis, a la salud de León, por sus setenta años. Luego comieron hasta saciarse; y después, pasaron a la entrega de regalos para el homenajeado.

Empezó Elías, por ser el menor de los hijos de León. Le entregó un enorme abrigo de cuero forrado en su interior con lana de oveja, que venía acompañado por unos guantes de lana forrados en cuero y un gorro del mismo material.

A continuación pasó Freides, que le obsequió un cofre de madera que guardaba una gruesa cobija de lana blanca.

Siguió Calixto, que le regaló a León una cesta bastante grande en la que iban, al menos, veinte frascos de mermelada hecha por él y por su esposa Laudelina.

Por último, siguiendo algo que ya era tradicional en ella, Victoria le obsequió un libro a su padre. En este caso, fue un grueso volumen de *Crónicas Laercias* sobre aventuras de la Guardia Real.

Entregados los regalos, la abuela Anabella le pidió a Iván que los deleitara con su timbal. Él no esperó a que le insistieran y desenfundó el instrumento, lo puso en el piso y se acomodó a su lado, llevando en cada mano una baqueta.

—Voy a tocar una canción —habló Iván llamando la atención de sus abuelos, sus tíos y sus diez primos— sobre un pájaro que hace un viaje muy largo, desde las montañas hasta el mar…

Dicho esto, entrecerró los ojos y empezó a golpear suavemente el tímpano del timbal, imitando el batir de unas alas.

—El viaje comienza con un gran descenso —murmuró Iván, a medida que tocaba cada vez más rápido—. El viento golpea el pico del pájaro…

Iván descargó una larga ráfaga de golpes sobre el timbal, tras la cual hubo un corto silencio y, después, un ritmo tranquilo y constante que se extendió por varios minutos, hasta que Iván dijo:

—Tras el viaje, el pájaro llegó finalmente al mar; y fue tan feliz que olvidó su cansancio y se puso a jugar con las olas.

Tras decir esto, Iván aceleró el ritmo de su canción y consiguió que quienes lo escuchaban lo acompañaran dando palmas. Entonces, algo inesperado ocurrió. Emilia, hija de Freides y Genoveva, de edad similar a la de Iván, se puso de pie y empezó a cantar con una voz que nadie le había escuchado, ni siquiera sus padres.

Contagiados por el ritmo de Iván y la voz de Emilia, los mellizos Eliseo y Alicia se pusieron también de pie y empezaron a bailar alegremente, haciendo divertidas piruetas.

El ritmo de Iván, la voz de Emilia y el baile de Eliseo y Alicia se perpetuaron durante largos minutos. Al concluir, fueron aplaudidos generosamente; y Voraz ladró varias veces, batiendo su cola.

—Al parecer —habló la abuela Anabella—, no solo Iván tiene un don.

Genoveva, la madre de Emilia, con los ojos encharcados de emoción, le preguntó a su hija:

—¿Por qué no nos habías contado que sabías cantar tan bonito?

Emilia se encogió de hombros y respondió:

—Porque esta es la primera vez que lo hago…

—Hay algo que no entiendo —habló de pronto Iván—: ¿Por qué es tan importante tener un don? Todas las personas tienen un don, ¿cierto?

Algunos rieron. Marianela respondió:

—Sí, Vani, es cierto: todas las personas tenemos un don. Sin embargo, hay personas que tienen dones muy especiales, como el tuyo o como el de Emi. Dones que todos quisiéramos tener, pero no tenemos…

—¿Pero por qué es tan importante? —insistió Iván.

—Porque con un don como el tuyo —continuó Marianela— puedes hacer feliz a gente muy importante.

Iván quiso volver a preguntar, pero se contuvo. Fue entonces cuando Leónidas, el mayor de los nietos, con quince años, habló:

—Hay también otra razón —miró brevemente a Victoria, su madre, y continuó—: Hay una ley en este reino que dice que si tienes un don debes presentarte ante el rey para que él determine tu oficio.

—¿Y eso qué significa? —preguntó Iván.

—Significa que cuando cumplas dieciséis años tienes que presentarte ante el rey, porque tienes un don —Leónidas miró a Emilia—; y tú también.

—Y eso es bueno, ¿cierto? —preguntó Emilia.

Hubo un breve e incómodo silencio.

—Es lo mejor que te puede pasar —dijo la abuela Anabella.

—No siempre —la contradijo la abuela Dalia—. No siempre dedicar tu vida al servicio del rey y su corte es lo mejor que te puede pasar…

—Los dones no deben ser tratados con egoísmo —sentenció Anabella, un poco airada—; a fin de cuentas, un don es una gracia de los dioses para beneficio de todos…

—Egoísta es creer —la interrumpió Dalia, también airada—, como el rey, que él y su corte merecen quedarse para su servicio a los mejores de todas las regiones…

—¿Pero qué dices? —exclamó Anabella— Hablas como si el rey esclavizase a la gente más talentosa…

—No estoy diciendo que la esclavice —retomó Dalia—; lo que estoy diciendo es que los aleja de sus familias y de sus regiones… y que, no siempre, vivir lejos de los tuyos y de tu tierra es lo mejor que te puede pasar…

—¿Quién quiere postre? —preguntó Laudelina, reduciendo la tensión que había en el ambiente— Vamos a ver: uno, dos, tres y cuatro. ¿Tú también, pequeño Gasparcillo? Muy bien. Cinco ¿Quién más? ¿Todos ustedes? ¿Qué dicen las abuelas, también quieren postre? Es una especialidad de la casa: torta de frutas —miró a sus hijos—: Remedios, Gabriel, ayúdenme a traer los platos…

Capítulo III

De regreso a casa

Al día siguiente de la celebración del cumpleaños del abuelo León, la familia entera fue a la playa. Allí, Iván volvió a tocar el timbal, Emilia cantó nuevamente; y Eliseo y Alicia bailaron, animando a muchos otros a bailar también. La música y el baile atrajeron vecinos de la zona, en su mayoría jóvenes, que admiraron el talento de Iván, así como la voz de Emilia.

Inicialmente, estaba previsto que la visita a la casa de Conrado y Dalia no durara más de una semana. Sin embargo, se extendió por más de dos semanas, a lo largo de la cuales, todas las tardes, los nietos se reunían en la playa a tocar, cantar y bailar con los vecinos de la zona. Si hubiera sido por los nietos, ellos habrían permanecido mucho más tiempo, pero sus padres tenían asuntos que resolver en casa.

A Iván, el viaje de regreso no se le hizo tan largo como el viaje de ida. Esto se debió a que, durante casi todo el trayecto, estuvo hablando con su tío Eusebio, haciéndole muchas preguntas y escuchando atentamente sus respuestas.

—Hay cosas que todavía no entiendo —le dijo Iván a su tío—; por ejemplo, cuando yo me presente ante el rey, ¿el qué me va a decir? ¿Me va a poner a tocar el timbal todo el día?

Eusebio rio de buena gana al escucharlo.

—No lo sé, Vani. Probablemente te incorporen a los músicos del rey y tu trabajo consista en animar sus fiestas con tu timbal… —volvió a reír.

—¿En serio?

—No lo sé, Vani. Nunca he sido rey, no sé cómo piensan los reyes… Pero lo que sí sé es que aún faltan más de siete años para que debas cumplir con la Ley de Leyes, así que no le des tantas vueltas al asunto por ahora y, más bien, disfruta tu don…

—¿La Ley de Leyes? ¿Qué es eso?

—Ay, Vani, es una historia muy larga…

—Cuéntamela

—No es el tipo de historia que me gusta contar… Te podría contar otra, por ejemplo la del pez volador.

—¿El pez volador? No, tío. Quiero saber qué es la Ley de Leyes. Eso es lo que tengo que cumplir cuando tenga dieciséis años, ¿cierto?

—No solamente tú. Todos los habitantes de la Gran Península, sin importar de qué provincia sean, deben obedecer la Ley de Leyes…

—¿Y quién se la inventó?

—Ya te lo dije, Vani, es una historia muy larga y preferiría contártela otro día…

—Por fa...

Eusebio no respondió de inmediato. Sin soltar las riendas del caballo, echó un vistazo al interior de la carreta. Vio que Marianela y Elías dormitaban acostados. En el piso, Voraz yacía plácidamente. Luego, miró a Iván y le dijo bajando un poco el volumen de voz:

—Está bien, te voy a contar la historia. Pero antes, déjame advertirte algo: Tu mamá siempre dice que lo que yo cuento son fantasías, relatos irreales.

Siempre ha dicho lo mismo, desde que era joven; y puede que yo nunca entienda por qué ella dice eso de mí. Puede que sea porque le falta conocer mejor la Gran Península… No lo sé. Lo que sí sé es que la historia que te voy a narrar me la contó Dalia, tu abuela, mi mamá. Y a ella se la contó su abuela, Florencia. Y a Florencia se la contó su abuelo, Nevardo, que era joven cuando ocurrieron los acontecimientos de esta historia…

—Espera, tío. Vamos a ver si entendí. Me vas a contar una historia que Nevardo le contó a Florencia, y Florencia le contó a la abu Dalia; y ella te la contó a ti y ahora tú me la vas a contar a mí. ¿Es así?

—Exacto, Vani. Entonces, puedes entender que la historia comenzó hace mucho mucho tiempo, cuando tu abuelo quinto, tu tataratataratatarabuelo, era joven. En la época en la que comienza esta historia, no existía el reino. Quiero decir, existía por supuesto la Gran Península y todas sus provincias, pero no había un rey que gobernara todos los territorios, sino que cada provincia, que en esa época se llamaban regiones, tenía su propio gobernante y sus propias leyes.

»Esto empezó a cambiar —continuó Eusebio—, cuando el gobernante de una poderosa región llamada Parmuk, que en la actualidad se llama Primera Provincia o Provincia de Cambra, se convenció de que la mejor solución a todos los problemas de la Gran Península era establecer un gobierno central y único para todas las regiones; y él se ofreció para encabezarlo.

»Primero, este gobernante convenció de su idea a los pobladores de Parmuk, entre los que había numerosos guerreros. Luego, siguiendo la recomendación de sus consejeros, envío mensajeros a cada región, que

llevaban regalos y la respetuosa exigencia de aceptar al gobernante de Parmuk como su nuevo monarca…

—¿Y cómo se llamaba el gobernante de Parmuk? —lo interrumpió Iván.

—Se llamaba Piero; y, cuando comenzó la conquista de las regiones, muchos de sus enemigos lo apodaron *el Fiero*…

—Qué nombre tan gracioso, Piero el Fiero…

—Es gracioso ahora; pero en ese tiempo no lo fue para nada…

—¿Por qué?

—Déjame continuar con la historia, Vani. Te decía que Piero envió mensajeros a todas las regiones. Hubo algunas, tranquilas y poco pobladas, como Pireia, que aceptaron sin luchar. Sin embargo, hubo otras regiones, como Istele, Buesa o Altaya, que presentaron aguerrida resistencia a las intenciones de Piero y sus ejércitos. Porque eso fue lo que pasó después: A todas aquellas regiones que no se entregaron pacíficamente, Piero las invadió con sus ejércitos, una por una. Tardó casi diez años en conquistarlas todas; y una vez hubo derrotado, en la última y más terrible de las batallas, a los tenaces ejércitos de las regiones de Altaya, Zumá y Buesa, Piero se proclamó rey de la Gran Península.

»Piero venció, pero no todos quedaron contentos en la Gran Península. El nuevo rey empezó a recibir amenazas, que le advertían que pronto llegaría el final de su vida y su reinado. Ante estas amenazas, el rey Piero acudió a sus consejeros. Ninguno de ellos pareció darle demasiada importancia a tales amenazas, a las que calificaban de patadas de ahorcado. Hubo solo un consejero que sí las tomó muy en serio. Fue Laercio, un joven general que se

había destacado durante la conquista de las regiones por su intrepidez y su don de mando; y que se desempeñaba, además de como consejero, como guardia personal del rey.

»Laercio no mencionó nada ante los demás consejeros. Esperó a estar a solas con el rey y le confesó que las amenazas le preocupaban. Según el joven general, no se debía desestimar a ningún posible enemigo, por pequeño que fuera. Además, era claro que las amenazas iban dirigidas no solo a Piero, sino también al reino que él había logrado constituir al unificar todas las regiones de la Gran Península. Laercio agregó algo más con lo que logró contagiar su preocupación al rey. Las amenazas habían llegado a través de pequeñas cartas abandonadas en lugares estratégicos del gran Palacio Real. Eso significaba que debía haber alguien, dentro del Palacio, que estaba auxiliando a los enemigos del rey y el reino…

—¿Y quién era? —lo interrumpió Iván.

—Espera, Vani, que me falta contarte algo. El rey Piero había tenido dos hijos, Antonio y Rodrigo; y una hija, llamada Syria. Durante la conquista de las regiones, los dos hijos de Piero encontraron la muerte. Por su parte, la joven Syria no sabía ni le interesaba saber nada acerca de los asuntos de gobierno. Ante esta situación, Laercio le recomendó al rey Piero que decidiera quién o quiénes lo habrían de suceder cuando él ya no estuviera. En otras palabras, el joven general convenció al rey de redactar su testamento.

»Tras mucho pensarlo, a Piero se le ocurrió que la mejor manera de garantizar la estabilidad y la prosperidad del reino después de su muerte era

ser reemplazado, no por una persona, sino por tres. Es decir, por lo que se llama un triunvirato…

—¿Tres reyes?

—Algo así, Vani, algo así. Piero los llamó cónsules, los tres cónsules. El primero de ellos era Syria, su hija. El segundo era Úldor, su padre. Y el tercero, adivina quién era…

—¡El general Laercio!

—Exacto —Eusebio acarició cariñosamente la cabeza de Iván—; pero aquí no termina. Convencido de estar haciendo lo correcto, el rey Piero se reunió con Syria, Úldor y Laercio y les comunicó su decisión; y, en presencia de ellos, lo puso todo por escrito y luego lo firmó. También firmaron aquel documento los tres cónsules…

»Pasaron algunos años. Las amenazas siguieron apareciendo, aunque con mucha menor frecuencia. Desde la firma del testamento, el rey Piero se había vuelto a reunir en algunas ocasiones con sus tres cónsules, como él los llamaba. Dedicó largas sesiones para hablarles acerca de la importancia de mantener unido el reino, para que la Gran Península no tuviera que volver a vivir separada por regiones nunca más.

»Llegó entonces el décimo aniversario de la proclamación de Piero como rey de la Gran Península. Para celebrarlo, el rey y su corte ofrecieron un solemne y elegante acto ante los habitantes de Cambra, que desde entonces ya era la capital del reino. Hubo música y comida para sus numerosos asistentes.

»En algún momento del acto, cuando ya empezaba a oscurecer, el rey Piero, emocionado al escuchar a los allí presentes vitorear su nombre, se levantó del trono, caminó hacia la gente y se puso a saludarla. Laercio, al ver esto, lo siguió de cerca; y vio cuando un hombre de tu tamaño…

—Yo todavía no soy un hombre —alegó Iván.

—Lo sé. Pero tienes el tamaño del hombre que se acercó al rey…

—Me estás confundiendo, tío.

—Es muy sencillo, Vani. Era un hombre de tu estatura. Parecía un niño, por el tamaño de su cuerpo; y por eso fue que el rey apenas se percató de él y le permitió acercarse lo suficiente…

—¿Lo suficiente para qué?

—Aquel pequeño hombre, que escondía el rostro tras su abundante pelo, llevaba consigo una daga. Laercio lo vio desenfundarla; pero no alcanzó a evitar que fuera enterrada entera en el muslo izquierdo del rey. Piero lanzó un estruendoso alarido y trató de agarrar a quien le había herido con tanta crueldad. No lo consiguió. Cayó al piso aparatosamente y una multitud de curiosos empezaron a rodearlo…

—¿Y qué pasó con el hombre de mi tamaño?

—Intentó huir, pero la misma gente se lo impidió. Laercio intentó agarrarlo, apartarlo de la multitud enfurecida. Pero llegó tarde…

—Está muy interesante la historia —habló Ivan tras un rato de mutuo silencio—; pero, hasta el momento, no me has contado nada de la Ley de Leyes…

—Ya vamos para allá, ten paciencia. Te dije que la historia es larga. Entonces, ¿en qué íbamos?

—En que mataron a…

—¡Sí! —lo interrumpió Eusebio— Mataron al rey…

—¿Pero cómo? ¿Se puede alguien morir si le clavan una daga en la pierna?

—En este caso sí, Vani, porque la daga llevaba veneno en su hoja. Un veneno poco conocido, muy difícil de conseguir y terriblemente mortífero, llamado *Beso púrpura*. La piel de la víctima se oscurece, se pone violeta. En el caso del rey Piero, primero fue su pierna izquierda; luego la otra y después fue la piel de su pecho la que se fue oscureciendo poco a poco, hasta llegar a la cabeza. Se llama *Beso púrpura* porque la muerte llega a la víctima cuando el efecto del veneno se hace presente en la boca y la tiñe toda de ese color…

—¡Qué horrible! —exclamó Iván.

Desde el fondo de la carreta, se escuchó la voz de Marianela:

—¿Qué te parece horrible, Vani?

—No es nada, no te preocupes —respondió Eusebio—, lo impresionó la historia que le estoy contado.

Marianela asomó la cabeza y miró severamente a su hermano.

—¿Qué historia le estás contando a Vani?

—Una que nos contaba mamá, la del pez volador. ¿La recuerdas? —habló Eusebio.

—Hasta donde recuerdo, es una historia de amor y no sé qué pueda tener tan horrible que haya podido impresionar tanto a Vani…

—Te explico: Le conté a Vani que una hermosa pececita llamada Melisa se había enamorado de un gentil y gallardo alcatraz, llamado Martín; pero que sus respectivas familias no aceptaron el amor que ambos se tenían y por eso los expulsaron de sus respectivas familias, quedando solos y abandonados a su suerte… Eso fue lo que le pareció tan horrible a Vani…

Marianela miró a su hijo, pero no dijo nada.

—Pero ahí no termina la historia, ¿cierto? —intervino Iván.

—No, ahí no termina —habló Marianela—; y, si quieres, te la puedo terminar de contar, pero más tarde. Creo que ya va siendo hora de buscar un lugar dónde detenernos a comer y pasar la noche…

—Ya escuchaste a tu mamá, Vani, el final de la historia tendrá que esperar —miró a su hermana y continuó—: Conozco una posada que no queda lejos de aquí. Es la posada del gordo Rob, un viejo amigo que cocina muy bien.

Capítulo IV

Sobre la Ley de Leyes

Se detuvieron en la posada del gordo Rob. Él los atendió personalmente y, después de la cena, les ofreció a Elías, Marianela e Iván su mejor habitación.

Al día siguiente, continuaron con el viaje. Pararon para almorzar a mediodía y, tras esto, tío y sobrino reanudaron su charla.

—Íbamos —dijo Eusebio— en que el rey Piero había muerto. ¿Lo recuerdas? —Iván asintió— Entonces, la corte se reunió y leyó el testamento del difunto rey. Obedeciendo ese mandato, nombraron cónsules a Syria, a Úldor y a Laercio; y se celebró una majestuosa ceremonia en la que fueron coronados.

»Una de las primeras acciones que emprendió Laercio tras la coronación fue recorrer la Gran Península entera. Llevaba muchos años viviendo en Cambra, en la capital, protegiendo al anterior rey. Era hora de salir a conocer el reino que él gobernaba.

»Laercio permaneció algunos años lejos de Cambra. Todo ese tiempo, estuvo recorriendo la Gran Península, casi palmo a palmo. Dicen que se sentó a escuchar a los sabios de cada provincia; y tomó atenta nota de las diferentes costumbres y tradiciones que había en los diversos pueblos de la Gran Península.

»Laercio regresó a Cambra con una idea fija en su cabeza. Si de verdad quería hacer inmortal su reino, debía tomar algunas medidas para garantizarlo. Lo primero que hizo fue acercarse a Syria, para cortejarla. Ella se resistió

inicialmente; pero luego entendió la intención de Laercio: Si tenían un hijo, él sería en la Gran Península la persona más indicada para reemplazarlos en el trono, llegado el momento.

»Después de conquistar a Syria, Laercio se reunió con Úldor a solas. Fue una reunión difícil, porque Úldor oía muy mal y, según decían, tenía la cabeza llena de malos recuerdos de viejas batalles. Tras largas horas, Laercio lo convenció de aceptar un merecido retiro, en una enorme mansión frente al mar, rodeado de manjares y sirvientes.

»Durante los meses previos a la boda con Syria, Laercio se dedicó a redactar la Ley de Leyes. Lo primero que debes saber es que la Ley de Leyes está compuesta por once leyes…

—¿Entonces por qué se llama Ley de Leyes, si son once?

—Buena pregunta, Vani. Hasta donde tengo entendido es porque debe ser vista como una gran ley, no como once leyes diferentes… ¿Entiendes? —Iván negó con la cabeza— La Ley de Leyes consiste en cumplir las once leyes que redactó Laercio…

—¿Y qué dicen las once leyes?

—Bueno, hay una que habla sobre el comercio; hay otra que trata sobre los tributos que cada provincia debe pagar. También hay una sobre la herencia y otra sobre las responsabilidades del ejército en la protección de la Gran Península… La que habla sobre los dones y los oficios es la tercera o la cuarta ley, no lo recuerdo bien en este momento. Lo que sí recuerdo es que es una de las más largas…

—¿Y qué dice?

—Un buen número de cosas. Primero, establece que todo habitante de la Gran Península, al cumplir dieciséis años, debe escoger un oficio y dedicarse a él en beneficio del reino. Añade que todo habitante mayor de dieciséis años que no ejerza un oficio podrá ser incorporado al servicio del ejército…

—¿Y es lo mismo un oficio que un don? —lo interrumpió Iván.

—No, Vani, no son lo mismo. Cada habitante puede elegir libremente el oficio al que se quiera dedicar, siempre y cuando no vaya en perjuicio de otros habitantes del reino. Pero si tienes un don, es el rey quien elige tu oficio…

Iván guardó silencio y se puso serio.

—¿Quieres que termine de contarte la historia? —Iván asintió, sin perder su seriedad— Íbamos en que Laercio redactó la Ley de Leyes; y el día de su matrimonio con Syria anunció el comienzo de una nueva dinastía, a la que llamó la Dinastía de los Laercios, regida por la nueva Ley de Leyes, que todos los habitantes debemos respetar y hacer respetar, para garantizar la buena salud de todo el reino.

»No hubo nadie en toda la Gran Península que se atreviera a oponer resistencia a Laercio. Contaba con el apoyo de los ejércitos y en todas las regiones era reconocido por su don de mando.

»Al cabo de un par de años, Laercio y Syria anunciaron el nacimiento de su primer hijo, al que llamaron Laercio, Laercio Segundo…

—Pero entonces —habló Iván tras un instante de silencio—, ¿todos tienen un oficio?

—Así es, Vani, todos tenemos un oficio… Debemos tenerlo…

—¿Y cuál es tu oficio, tío?

—Soy Carrero. Llevo cosas de una parte a otra en mi carreta. Ese es mi oficio… y como es mi oficio, también es mi nombre…

—¿Tu oficio es tu nombre? No entiendo, tío…

—Es muy sencillo, Vani. Todos tenemos dos nombres. El primero nos lo ponen nuestros padres. El segundo corresponde al oficio que ejerces… Mi nombre completo es Eusebio Carrero…

—¿Y eso también se lo inventó la Ley de Leyes?

—Sí, Vani, eso también salió de ahí.

—¿Y mi mamá y mi papá, mis tíos, mis abuelos? ¿Todos tienen un oficio?

—Sí, así es. Tu mamá es Marianela Tejedora. Tu padre es Pastor, Elías Pastor, al igual que tus tíos y tu abuelo León. Tu abuelo Conrado es Vinatero…

—¿Y por qué nadie me había contado esto antes? —preguntó Iván.

—Tarde o temprano, tus padres te lo contarían. Yo simplemente me adelanté, porque tú me lo pediste…

Tío y sobrino guardaron un largo rato de silencio. Se limitaron a observar el paisaje a su alrededor.

—No quiero que el rey elija mi segundo nombre —dijo de pronto Iván sin mirar a su tío. Este rio y contestó:

—Tranquilo, Vani, faltan muchos años…

—Es que yo no quiero ir a vivir a la capital, no quiero estar lejos de mi mamá… —Iván empezó a sollozar…

Al escucharlo, Marianela se incorporó en el fondo de la carreta y, aún entredormida, le preguntó a su hijo qué le pasaba.

—No quiero tener un don —se quejó Iván—, no quiero. No quiero que el rey escoja mi segundo nombre…

—¿De qué estás hablando, Vani? —Marianela miró severamente a su hermano y, dirigiéndose ahora a él, continuó—: ¿Qué le contaste al niño? Lo has hecho llorar…

—Solo le hablé un poco de la Ley de Leyes; y porque él me lo pidió. Además, ya le dije que faltan muchos años para que tenga que pensar en eso…

—¡Ay, Bito! —exclamó molesta Marianela— ¿Por qué le cuentas esas cosas? ¿Acaso no ves que es un niño?

—Tienes razón —habló Eusebio mirando fijamente a su hermana—, Vani es apenas un niño y los niños no entienden nada, ¿no? Debí haberle contado otra historia, por ejemplo, la del gordo Rob, el posadero…

—¿Qué historia del gordo Rob? Esa historia no la conozco —dijo Marianela.

—Él no fue siempre gordo. Además, su verdadero nombre no es Roberto, como todos creen. Se llama Robindro; y yo lo conocí hace muchos años, cuando tú eras una niña y yo ayudaba a papá con la venta del vino, pero sin salir de Istele.

»En esa época, conocí mucha gente gracias a la venta del vino. Muchos de los clientes se quedaban charlando conmigo, me contaban sus historias y yo las mías. Fue un día de esos que vi por primera vez a Robindro. Él debía tener por aquel entonces unos diecinueve o veinte años. Era delgado y muy atlético.

Estaba con algunos amigos, de vacaciones, veraneando en Istele a orillas del Mar de Breu.

»Desde esa ocasión, volví a ver a Robindro y sus amigos varias veces. Solían pasar unas cuantas semanas al año en Istele; y siempre que estaban en la provincia, compraban de nuestro vino y conversamos largo rato.

»Esto cambió. Un día, llegaron los amigos de Robindro sin él. Pregunté qué había pasado. Ninguno me quiso contar, salvo su hermano, que se llama Marco. Entre copas de vino, Marco me contó que su hermano tenía un don, un don especial con los cuchillos. Era capaz de usarlos con mucha destreza, tanto con la mano derecha como con la izquierda. Era también capaz de lanzarlos con gran puntería, lo que le había hecho ganar reconocimiento en las ferias de su pueblo natal, ubicado en la provincia de Altaya. Sin embargo, pese a saber manejar tan bien los cuchillos, Robindro no quería usarlos más que para divertirse. Nunca los usó para amenazar a nadie, ni siquiera a un animal. Solo los usó una vez, para defenderse. Fue una noche, en su pueblo, caminando solo por las calles. Una mujer, que Rob nunca había visto, se acercó a él corriendo y llorando. Pidió que la defendiera; y le entregó un par de dagas. Tras ella, venían dos hombres encapuchados y armados con espadas. Sin mediar palabra, se abalanzaron sobre Rob; y él no solo consiguió defenderse, sino que logró sin mayor esfuerzo desarmar a sus atacantes y obligarlos a descubrirse el rostro.

»Rob no supo en qué momento desapareció la mujer que había pedido su auxilio. En su lugar, apareció un hombre alto y musculoso. Dijo que estaba muy impresionado. Era cierto lo que rumoreaban las gentes: Robindro tenía un don

muy especial. Agregó que, en cumplimiento de la Ley de Leyes, él, Joaquín Espada Real, le exigía que lo acompañase al Palacio de Cambra, para que el rey lo conociera y dispusiera de qué forma su don debía servir al reino…

—Imagino que esa noticia alegró mucho a tu amigo Robindro —habló Marianela.

—A decir verdad, no. Así que se negó a obedecerle a Joaquín…

—¿Y qué le pasó? —preguntó inquieto Iván.

—No me digas —habló Marianela—: Tu amigo Rob logró derrotar a Joaquín.

—Al escuchar que Rob se negaba, Joaquín desenfundó su espada y trabó combate con el joven. Poco pudo hacer Robindro con un par de dagas frente al mandoble de Joaquín. Al verse desarmado, Rob dijo que prefería morir. Joaquín rio, le pidió que no fuera tan dramático y, con un golpe, lo desmayó…

»Al despertar, Rob se encontró en una carreta, atado de pies y manos, teniendo a cada lado a los hombres que él había logrado desarmar y, ante él, a la mujer que le había pedido auxilio. Iban rumbo al Palacio de Cambra. No le permitieron despedirse de nadie…

—Entonces —intervino Marianela—, si no se despidió de nadie, ¿cómo se enteró Marco de que se habían llevado a su hermano a Cambra?

—Joaquín, personalmente, se encargó de avisarle a la familia de Robindro. Les dijo que, en Cambra, Rob sería uno de sus aprendices y usaría su don para defender los intereses del reino y sus habitantes…

—Bito, espera un momento —lo detuvo Marianela—; ¿quieres hacernos creer que el viejo posadero que nos atendió anoche fue aprendiz de un espadachín de la Guardia Real? Eso no te lo creo…

—Espera —respondió Eusebio—; permíteme terminar la historia y, una vez concluya, decides si creerme o no creerme —Marianela resopló aún molesta, pero no dijo nada—. Entonces, decía: Robindro permaneció en Cambra algunos años, como aprendiz de Joaquín. Desde el día que llegó, no dejó de pensar en fugarse; pero sabía que, si intentaba huir y era capturado, pasaría largos años en prisión, rodeado de gente muy poco amigable. Así que esperó, no comentó con nadie su plan de fuga; hasta que un buen día se presentó la oportunidad perfecta.

»Joaquín no se hallaba en la ciudad. Así que, aprovechando que estaba fuera, Robindro falsificó con mucho cuidado una autorización para salir de Cambra, firmada por Joaquín. No tuvo mayor problema para salir de la ciudad en su caballo. Cabalgó algunos quilómetros, al cabo de los cuales se apeó de su rocín y lo dejó en libertad. Regresó a Cambra caminando…

—¿Pero por qué regresó? —preguntó Iván— Pensé que quería fugarse…

—Así es, Vani. Pero ten en cuenta algo: Tan pronto Joaquín se enterase de que Robindro había falsificado un documento para escapar de Cambra, saldría a buscarlo. Lo buscaría por todo el reino, de ser necesario. Pero nunca imaginaría que Rob estaba escondido en Cambra. Allí nadie lo buscaría, aunque había gente que podía reconocerlo. Así que cambió su aspecto y volvió a ingresar a la ciudad. Se vistió con harapos, tiznó la piel de su rostro con tierra y se dedicó al vergonzoso oficio de la mendicidad durante algunas semanas,

hasta que un día fue a pedir algo de comer a una humilde posada. En varias ocasiones previamente, el posadero le había regalado algo de comida a Rob; pero ese día, estaba de mal humor. Reprendió a Rob por no trabajar, por no tener un oficio digno. Al escucharlo, el mendigo le pidió entonces que no le diera comida, sino la oportunidad de trabajar en la cocina de aquella humilde posada. Rob estaba dispuesto a aprender todo lo necesario para ser útil en la cocina. Le prometió a Paulo, el posadero, que no lo defraudaría… y no lo defraudó. Durante largos años, Rob permaneció encerrado en esa posada, pelando patatas y picando cebollas; y comió, comió mucho, aumentando su peso lentamente, pero sin cesar. Y así como se dejó crecer la barriga, se dejó también la barba…

—Pero estaba faltando a la Ley de Leyes —alegó Marianela.

—Eso depende de cómo quieras verlo —se defendió Eusebio—. Pelar patatas y picar cebollas también puede ser una manera muy digna de hacerle bien a este reino…

—¡Bito, no digas tonterías! —exclamó Marianela— Yo puedo ser diez años menor que tú, pero ya no soy la niña pequeña a la que enredas con tus historias. Estás hablando de un hombre que ha desobedecido la Ley de Leyes… ¿Cuál es el ejemplo que le quieres dar a mi hijo?

—Cálmate, por favor —habló Eusebio—; es tan solo una historia. Tú decides si creerla o no…

—Pero entonces —intervino Iván—, ¿Joaquín nunca encontró a Robindro?

—Robindro y Joaquín se volvieron a encontrar, por coincidencia. Un día, Joaquín visitó la posada de Paulo. Había adquirido fama de preparar deliciosos

manjares, así que fue a comprobarlo. Después de comer, Joaquín pidió que le presentaran al cocinero. Fue entonces cuando Robindro, pesadamente, salió de la cocina y saludó a su antiguo maestro. Pese a tenerlo ante él, Joaquín no lo reconoció. Le estrechó la mano y le dio las gracias por la comida; pero agregó que había probado en Cambra manjares mejor preparados; y que aún le faltaba mucho al cocinero para ser digno de cocinar algún día en el Palacio Real. Rob agradeció la visita del espadachín y no logró evitar añadir que nunca había pretendido cocinar tan bien como para soñar con servir al rey y a su corte. «Soy cocinero, es mi humilde oficio». Joaquín lo miró y respondió: «Más parece que tu oficio es comer». Luego rio, pagó la cuenta al posadero y se marchó. Fue entonces cuando Robindro decidió que ya había llegado la hora de salir de Cambra; pero no regresó a su natal Altaya, sino que prefirió buscar una posada en Istele, que sus amigos pudieran visitar de vez en cuando…

—Qué bonita historia —dijo Marianela visiblemente molesta—. Imagino que ya debes estar contento…

—¿Por qué dices eso? —preguntó Eusebio.

—¿Y todavía lo preguntas? ¡Tú no tienes arreglo! —exclamó y, dirigiéndose a su hijo, continuó—: Vani, ve a hacerle compañía a tu padre y déjame sentar donde estás. Necesito hablar con tu tío.

Iván obedeció a su mamá y le cedió su lugar junto a Eusebio.

—No quiero que le cuentes más historias raras a mi hijo…

—No puedes prohibírmelo…

—Sí, sí te lo puedo prohibir. No quiero que a mi hijo le llenes la cabeza con tus historias. No quiero que él siga tus pasos…

—¿Ah, sí? ¿Y cuáles son mis pasos?

—Ay, Bito, no me obligues a decirlo…

—Dilo, por favor. A fin de cuentas, somos hermanos y entre hermanos no debe haber secretos.

—Tú sabes a qué me refiero —Marianela lo miró severamente—. No quiero que mi hijo recorra un camino lleno de borrachos y delincuentes, que solo logrará conducirlo a la perdición. No quiero que te tenga como ejemplo…

Eusebio quiso contestar, pero se contuvo. Marianela retomó la palabra:

—Mira, Bito, me sabe fatal decírtelo, pero todo el mundo sabe que te gusta andar siempre de juerga y decir mentiras, para divertirte con la gente. Pero no con mi hijo. No pienso permitirte que lo atraigas a la botella, que despiertes en él interés por la vida nocturna y las pendencias…

Nuevamente, Eusebio quiso contestar, pero permitió que su hermana terminara de desahogar lo que tenía para decir. Así que Marianela continuó:

—No dices nada porque sabes que tengo razón. No es por coincidencia que la gente te llama Eusebrio, Eusebrio Farrero… Desde pequeña, me has llenado de vergüenza… y te has aprovechado de la ingenuidad de mis padres. Ellos siempre te han creído… Siempre has sido su hijo favorito… Yo lo sé —la voz de Marianela se quebró—, lo sé muy bien. Yo llegué a dañarles la fiesta. Yo aparecí cuando ustedes ya estaban completos…

—No digas eso, Mari —la interrumpió Eusebio—; no hay nada más alejado de la verdad que eso. Si a alguien aman mis padres en la Gran Península es a ti…

—Si es así como tú dices, ¿por qué me dejaron marchar a Pireia sin siquiera sugerirme que lo pensara mejor? ¿Por qué no me pidieron que me quedara con ellos en Istele?

—Mari, tú estabas decidida a irte. Nada de lo que se te pudiera decir podría haber cambiado tu intención de marcharte a vivir con Elías a Pireia —Eusebio miró a su hermana—. Además, recuerda, ¿cuántas veces nos dijiste que no te gustaba vivir en Istele, donde la gente iba siempre de fiesta en fiesta, sin tomar nada en serio? ¿Cuántas veces nos dijiste que jamás criarías a tus hijos en lugar como ese?

—Lo recuerdo, Bito, lo recuerdo muy bien; y lo mantengo —respondió Marianela con tono severo—. Y espero que recuerdes lo que te acabo de decir: No quiero que mi hijo siga tus pasos. No quiero que te tenga como ejemplo. No quiero que te le acerques más…

Al escuchar esta última frase, Eusebio sintió que algo, entre su pecho y su espalda, se rompió. Un intenso dolor se instaló en su interior. Agachó la cabeza y, con un hilo de voz, dijo:

—Quédate tranquila, Mari, que no lo olvidaré.

Capítulo V

El Carnaval

Cinco días y cuatro noches duró el trayecto de regreso desde Istele hasta la casa de Elías y Marianela en Pireia. Al llegar, Eusebio ayudó a Elías a descargar el equipaje; pero no se quedó ni para tomar una taza de té. Dijo que tenía que regresar lo más pronto posible a Istele, a recoger una carga que debía llevar con urgencia a la distante provincia de Cohína. Abrazó con fuerza a su sobrino, se despidió de su hermana y de su cuñado, subió a la carreta y partió sin demora de vuelta a Istele.

Meses más tarde, Freides visitó a Elías, con la intención de compartir con él una idea que se le había ocurrido.

Cada año, en un pueblo de la provincia de Pireia llamado Goleo, tenía lugar el Carnaval del Rey Variopinto y la Reina Variegada. Era un carnaval familiar, tranquilo, como todo en Pireia. Freides podría llevar en su carreta a Iván y a Emilia al Carnaval; incluso, podría llevar a otros niños y a alguno de sus hermanos.

Después de mucho pensarlo y consultarlo con Genoveva, su esposa, y con sus hijos, Freides decidió contárselo a sus hermanos; y comenzó por el menor. Elías y Marianela vieron con buenos ojos la idea de Freides y accedieron a que Iván y Voraz fueran con su tío al Carnaval. También viajaron Leónidas y los mellizos Eliseo y Alicia, que recientemente habían cumplido seis años. Además, junto a Emilia, fue su hermano mayor, Demetrio.

Cada año, en el Carnaval del Rey Variopinto y la Reina Variegada, se coronaba a quien más colores llevara encima. Todos en Goleo, tanto nativos como visitantes, durante la semana que duraba el Carnaval, vestían de mil colores. También las calles y las fachadas de las casas lucían los más diversos tonos.

Freides, los seis niños y Voraz no tardaron en ser contagiados por el ambiente festivo del Carnaval. Llegaron a Goleo en la tarde del segundo día. Se instalaron en una cómoda posada. Vistieron sus prendas más coloridas y salieron a recorrer las calles.

La idea de Freides incluía una intención: Lograr que Iván y Emilia se presentaran en alguno de los escenarios del Carnaval. Estaba claro que no sería sencillo. El Carnaval del Rey Variopinto y la Reina Variegada podía no ser el más importante de los carnavales de la Gran Península. Pero eso no significaba que fuese deficiente la calidad de los espectáculos que presentaba en sus escenarios. Todo lo contrario: Los artistas que se presentaban en los escenarios del Carnaval debían ganarse la admiración del público; si no lo conseguían, el mismo público, con burlas y abucheos, se encargaba de hacerlos bajar. Y el público solía ser exigente.

Tras recorrer algunas cuadras, Freides y los niños encontraron un escenario en el que se estaba presentando un grupo de malabaristas encabezados por el grandioso Jaime Malabar. Una vez la presentación concluyó, Freides se acercó a la persona responsable del escenario. Era un hombre bajo y rechoncho, de ojos muy pequeños y bigote muy frondoso, que dijo llamarse Alí. Freides trató de convencerlo para que les permitiera a Iván y a

Emilia compartir su don con el público allí presente. Alí miró a los niños, refunfuñó y contestó que no podía jugarse la reputación de su escenario por unos simples críos.

De nada le sirvió a Freides insistir. Le repitió varias veces a Alí que estaba cometiendo un grave error al impedir que el público escuchara a su hija y a su sobrino. Alí no cedió y dio la cuestión por concluida.

Sin desanimarse, siguieron su recorrido por las coloridas calles de Goleo. Encontraron otros escenarios. Y al encargado de cada uno de ellos, Freides se acercó y pidió que permitiese a Iván y a Emilia subirse al escenario. En todos les negaron esa posibilidad. Nadie se atrevió a permitir que dos niños, de menos de diez años, corrieran el riesgo de ser abucheados por el público.

Cuando la noche ya había empezado a caer y un manto de turbias nubes amenazaba con una próxima lluvia, Freides decidió que lo más indicado, tras tantos rechazos, era regresar a la posada, descansar y buscar mejor suerte al día siguiente.

A pocas calles de la posada, Voraz empezó a ladrar y fue tras un hombre que caminaba solo e iba vestido con un enorme abrigo hecho con retazos de tela de diferentes colores. Voraz volvió a ladrar, al llegar junto a él, sin dejar de sacudir su cola de un lado al otro. El hombre se detuvo y permitió al perro poner las patas delanteras en su pecho. Se saludaron cariñosamente.

Freides y los niños se acercaron al hombre. Grande fue su sorpresa al descubrir que se trataba de Eusebio.

—¿Qué te trae al Carnaval? —le preguntó Freides al reconocerlo.

—Vine a dejar unos barriles que me encargaron. ¿Y tú qué haces acá, con los niños y Voraz?

—Es que se me ocurrió una idea —respondió Freides—; pero creo que me apresuré un poco al pensar que resultaría como la imaginé…

—¿Una idea? ¿Qué idea?

—Sí. Se trata de que Vani y Emi toquen en un escenario. El público quedaría encantado con ellos dos…

Eusebio asintió y luego preguntó:

—¿Y qué pasó? ¿Ya han ido a preguntar a algún escenario?

Freides agachó la cabeza.

—Recorrimos todo el pueblo y nadie quiso arriesgar su reputación por un par de niños que…

—¿Hablas en serio? —lo interrumpió Eusebio— Yo tenía pensado irme a dormir ya, pero si quieren puedo acompañarlos a volver a intentarlo.

—Mejor sería hacerlo mañana. Parece que no tardará en empezar a llover —habló Freides demostrando su desánimo con la voz—, será mejor ahora descansar…

—Mañana no podrá ser. Mañana mismo tengo que volver a la ruta y proseguir con mi trabajo. Así que si no es esta noche, no podrá ser después.

Freides miró a los niños y les preguntó si todavía tenían ánimo para intentarlo una vez más. Iván, tomando la vocería, contestó que sí. Freides accedió y, dando media vuelta, caminaron rumbo al escenario más cercano. Era el de Alí.

Al llegar, Eusebio saludó a Alí, quien se sorprendió al volverlo a ver tras tantos años desde su último encuentro.

—¡Vaya, Eusebio! —exclamó Alí— Todos engordamos, todos envejecemos, menos tú. Cuéntame tu secreto…

—El secreto está en elegir bien lo que como, viejo glotón —bromeó Eusebio.

—¿Y qué te trae por aquí? ¿Quieres subir al escenario a contar una de tus historias?

—Hoy no, mi querido Alí, hoy no vengo a contar historias. Vengo a pedirte que dejes que mi sobrino y mi sobrina deleiten a tu público…

—¡Oh! Amigo Eusebio, vienes tú también con ese cuento. Ponte en mis zapatos. ¿Arriesgarías la reputación de tu escenario por un par de niños que nadie conoce?

—Yo los conozco. Y subiré con ellos al escenario. Y tu público vivirá una experiencia que narrará a sus nietos. Te lo puedo asegurar…

—¡Ay, Eusebio! No es que no te quiera creer, pero tú sabes cómo es este negocio. No puedo arriesgarme sin tener garantías…

—Muy bien, mi querido Alí. ¿Quieres garantías? Te garantizo que, si la presentación de mi sobrina y mi sobrino no consigue encantar a tu público, te daré mi carreta, con el caballo incluido; y me regresaré a Istele caminando…

Alí lo miró de medio lado y dibujó en su rostro un gesto similar a una sonrisa.

—¿Así que tu carreta? Muy bien. Sé que eres capaz de regresar a Istele caminando desde aquí. Ya lo hiciste una vez y se nota que la salud todavía te da para volverlo a lograr.

Eusebio y Alí se dieron la mano.

Iván y Emilia, acompañados por Voraz, subieron al escenario. La gente empezó a cuchichear al ver que ninguno de ellos aparentaba tener más de diez años, temiendo que los niños no fueran capaces de ofrecer un espectáculo digno del Carnaval.

Tan pronto subieron al escenario, una ligera lluvia hizo su aparición sobre los allí presentes, anunciando la cercanía de la tormenta.

Voraz empezó a aullar, como si estuviera pidiendo al público que guardara silencio. Pero sus aullidos fueron inútiles. La gente siguió cuchicheando. Hubo incluso quienes rieron con ánimo de burla.

Eusebio subió al escenario con una antorcha en la mano. Besó a sus sobrinos en la frente y, a cada uno, le susurró al oído:

—Imagínate que en Istele, junto al mar.

Iván sacó el timbal y las baquetas del zurrón. Puso el instrumento sobre el piso del escenario, se acomodó junto a él y dijo:

—Voy a tocar una canción sobre dos hermanos que se vuelven a encontrar después de muchos años…

—No se escucha lo que dices —gritó alguien desde el público.

—Queremos música, queremos bailar —gritó otro.

Iván no se dejó intimidar. Las últimas palabras de su tío aún retumbaban en su cabecita. Sonrió, levantó las baquetas y, entrecerrando los ojos como solía

hacerlo siempre, tocó su timbal. Pero justo cuando el público había guardado silencio, un trueno rompió el cielo y de las nubes empezaron a caer pesados goterones que anunciaron la llegada de la tormenta.

Iván se detuvo un momento, asustado por el bramido del cielo. Pero no tardó en retomar el timbal, con mayor fuerza, compitiendo contra el ritmo que marcaban las gotas que se estrellaban contra el suelo.

Animada por el valor de su primo Iván, Emilia salió de las sombras, se paró junto a él y, retando también a la lluvia, levantó la voz, llenando con ella la plaza entera. El espectáculo comenzó; y la lluvia, aceptando su impertinencia, fue guardando silencio; las nubes se fueron retirando, para permitir que las estrellas contemplaran desde las alturas a quien había logrado ahuyentar a la tormenta.

Su presentación no duró más de quince minutos; pero fue suficiente para espantar todo rastro de lluvia. También consiguió que el público, ese mismo público que cuchicheó, levantara una sonora y cálida ovación que abrazó a los niños e hizo que los ojos de Eusebio se encharcaran de alegría.

—Me tienes que contar, amigo Eusebio —habló Alí al concluir la presentación—, de dónde has sacado estos niños.

—Ya te lo dije, Alí, son mis sobrinos…

—Dime la verdad. Esos niños vienen con el calvo —señaló a Freides—; y no tiene cara de ser hermano tuyo… Además, hasta donde recuerdo, tú solo tienes una hermana, llamada Marianela…

—Es verdad, no es mi hermano. Es el hermano de Elías, el esposo de Marianela. Así que esos niños son tan sobrinos suyos como míos…

En ese momento, Emilia e Iván bajaron del escenario y abrazaron a Eusebio. Esto terminó de convencer a Alí.

—Entonces, si eres su tío, es contigo con quien podría llegar a un acuerdo —habló Alí—, para que tus sobrinos acepten presentarse solamente en mi escenario. Ya sabes, es importante garantizarle a mi público artistas tan talentosos como tus sobrinos…

—Podríamos preguntarles —dijo Eusebio; y, dirigiéndose a sus sobrinos, continuó—: ¿Ustedes qué opinan de presentarse solamente en este escenario?

Emilia e Iván se miraron; y, casi al mismo tiempo, negaron con la cabeza.

—Yo quiero cantar —declaró Emilia— en todos los escenarios de Goleo…

—Yo también —la secundó Iván.

—Ya escuchaste, amigo Alí. Los niños no se contentarán con el público de un solo escenario…

—Muy bien, muy bien, lo entiendo —refunfuñó Alí—; pero podríamos llegar a un acuerdo para que se presenten en mi escenario, al menos, una vez durante cada uno de los días que le quedan al Carnaval. A cambio de eso, podría garantizarles algo de comer y una posada decente…

—Agradezco tu propuesta, pero creo que te apresuras. Permite que mis sobrinos conozcan los demás escenarios que hay en Goleo. Como tú me lo dijiste alguna vez, hace muchos años: «Primero informarse, luego decidirse». ¿Lo recuerdas? —Eusebio palmeó cariñosamente el hombro de Alí— No pongas esa cara, viejo amigo. Volverán; y si no vuelven, podrás igual contarle a tus nietos que, una vez en tu escenario, un niño y una niña ahuyentaron la tormenta con su música y pusieron a bailar a todo tu público.

Capítulo VI
Eusebio se despide

A lo largo de esa primera noche en Goleo, Iván y Emilia lograron presentarse en todos los escenarios del Carnaval. El rumor de que habían sido ellos, con su música, quienes habían espantado la tormenta, se regó rápidamente entre la gente, despertando una curiosidad que hizo que su público creciera. También crecieron en número en el escenario. Primero, los acompañaron los mellizos Eliseo y Alicia con su baile; luego, a ellos dos se sumaron Demetrio y Leónidas, que acompañaban la música con las palmas. Por último, Freides, feliz y emocionado, subió al escenario y bailó con Eliseo y Alicia.

En todos los escenarios les pidieron regresar al día siguiente y volver a tocar y a cantar. Era casi medianoche cuando encaminaron sus pasos rumbo a la posada. Iban todos exhaustos, pero muy contentos y coloridos, como todo lo que los rodeaba.

Por el camino de regreso a la posada, Eusebio e Iván conversaron. Eusebio lo felicitó, le dijo que estaba muy orgulloso de él y de Emilia, porque con sus dones habían hecho feliz a mucha gente. Iván le confesó a su tío que se sentía en la mitad de un sueño.

—Creo que la próxima vez que toque mi timbal en Istele, frente al mar —habló Iván—, trataré de imaginar que estoy en un escenario de este Carnaval…

Eusebio le acarició la cabeza y no pudo evitar decir:

—Te voy a extrañar mucho, Vani, mucho…

Iván lo miró con sorpresa.

—Mañana tengo que partir nuevamente. Debo llevar una carga a un pueblo en la provincia de Cambra. Me espera un viaje muy largo; y no sé cuánto pueda tardar en regresar. Pueden ser varios años…

—Estás exagerando, tío… —alegó Iván.

—Quisiera estar exagerando, Vani. Lo único que me alegra es que nos encontramos aquí; y puedo despedirme de ti tras verte brillar en el escenario con tu timbal y tu prima… Por cierto, antes de que se me olvide, Vani, dale muchos saludos de mi parte a tu mamá y a tu papá; y cuéntales que el tío Eusebio Carrero ha emprendido un largo viaje.

Capítulo VII

Iván, Freides y Marianela

Iván y Emilia se presentaron numerosas veces en todos los escenarios del Carnaval. Su fama creció tan rápido en Goleo que fueron elegidos para acompañar con su música la ceremonia de coronación del Rey Variopinto y la Reina Variegada.

Salieron de Goleo con la carreta llena de flores y regalos. Freides encaminó su carreta primero a la casa de su hermana Victoria, en donde se quedaron Leónidas y los mellizos. Sin detenerse demasiado tiempo allí, continuó el recorrido rumbo a su casa, en donde dejó a sus hijos, Emilia y Demetrio. Tras esto, Freides condujo a Iván a casa. La distancia entre la casa de Freides y la de Elías no era mucha, podía recorrerse en menos de un día. Durante ese trayecto, Freides e Iván aprovecharon para conversar.

Iván le preguntó a su tío Freides algo que ya había preguntado a su tío Eusebio:

—Cuando yo tenga que presentarme ante el rey por el don que tengo, ¿él qué me va a decir, qué oficio elegirá para mí?

—No lo sé, Vani, puede decirte muchas cosas. Pero lo más seguro es que te ordene que lo visites una vez al año, para poder deleitarse con tu música…

—¿Una vez al año?

—Sí, Vani, una vez al año. En la Gran Península hay muchísimos músicos con dones como el tuyo. Si todos se fueran a vivir al Palacio Real, no habría habitaciones suficientes para todos. Además, el rey sabe que la Gran

Península necesita músicos como tú que alegren las fiestas y los carnavales de cada provincia. ¿Entiendes?

—Entonces, si me presento ante el rey, él no me va a obligar a quedarme en el Palacio Real lejos de mi mamá y de mi papá, ¿cierto?

—No es muy probable que eso ocurra, Vani. Ya te lo dije, hay muchísimos músicos en este reino… Además, visitar una vez al año al rey te permitirá probar manjares que no encontrarás en ninguna otra parte… Si tú quieres, yo podría acompañarte en esas visitas…

—¿Y Emi también iría? —preguntó Iván.

Freides guardó silencio y su sonrisa desapareció un instante del rostro.

—Sí, Emi también iría. Aunque creo que su caso es diferente. Su don no es solo cantar. Ella es capaz de ahuyentar la lluvia y los malos ánimos con la belleza de su voz. Tú lo viste en Goleo. Desde su primera presentación, no volvió a llover…

—Tío, ¿tú crees que el rey obligaría a Emi a quedarse en el Palacio Real?

—No lo sé, Vani, no lo sé. En todo caso, ella podría decir que su don es solo cantar… y cantantes como ella hay muchas, muchísimas, en la Gran Península…

Guardaron un largo rato de silencio, al cabo del cual Freides retomó la palabra:

—Estaba pensando, Vani, que tú, al ser hijo de Pastor, podrías empezar a aprender ese oficio con tu padre. Así, si algún día te aburres de tocar el timbal, podrías dedicarte a ese oficio en estas tranquilas tierras de Pireia…

—Sí, podría ser Pastor, como mi papá, como tú, como el tío Calixto o como el abu León. Pero antes podría ser… ¿Cómo se llama el oficio del que toca el timbal en los carnavales?

—Podrías ser —contestó Freides— Iván Timbalero, Timbalero de Carnaval… ¿Qué opinas?

—¡Me gusta!

El trayecto hasta la casa de Elías y Marianela se les hizo corto y ameno. Al llegar, comieron generosamente y contaron lo ocurrido. Los padres de Iván estaban muy orgullosos de su hijo y muy agradecidos con Freides. Iván mencionó a su tío Eusebio y dijo que, sin su ayuda, no habrían podido presentarse en ningún escenario.

—¿Tu tío Eusebio estaba en Goleo? —preguntó Marianela.

—Sí —respondió Freides—, nos acompañó la primera noche. Estaba allí de paso, dejando unos barriles, pero tuvo que regresar a Istele a recoger una nueva carga…

—El tío Ambrosio —habló Iván— va a hacer un viaje muy largo… Me dijo que iría a Cambra y que les diera sus saludos…

—¿A Cambra? —exclamó Marianela— Pensé que tenía decidido nunca regresar por allá…

—¿Por qué? —inquirió Iván.

—Otro día te contaré esa historia, Vani. Creo que lo mejor es que vayas ahora a dormir. Tuviste una semana muy agitada y es importante que descanses.

Iván insistió, pidió que le explicaran por qué su tío Eusebio había dicho que no volvería jamás a Cambra. Pero Marianela no cedió y le pidió a Elías que se encargara de acostar al niño, mientras ella se quedaba hablando con Freides.

Cuando estuvieron a solas, Marianela le preguntó a Freides acerca de Eusebio.

—¿Es verdad que regresará a Cambra?

—Eso fue lo que dijo. Pero, hasta donde entendí, no viajará a la capital, sino a un pueblo cercano, llamado Iñol, donde el vino de Istele es muy apetecido.

—¿Iñol? Nunca había escuchado de un pueblo con ese nombre…

—Yo tampoco, pero qué más da… Lo que dijo, y repitió varias veces, es que tardará algunos años en volver…

—¿Y tienes planes para el próximo año? —preguntó Marianela cambiando de tema— Quiero decir: ¿Tienes pensado ir con los niños el próximo año al Carnaval?

—Por supuesto —exclamó Freides—; si no volvemos, la gente de Goleo no nos lo perdonaría. Además, si te animas, podrías ir con nosotros para que veas con tus propios ojos a Vani y a Emi en acción.

—No es una mala idea; tendría que hablarlo con Elías, para decidir si vamos los dos…

—Marianela —la interrumpió Freides—, sé que no es un asunto que me incumba, pero ¿por qué Eusebio dijo que no iba a regresar nunca a Cambra? ¿Tuvo algún problema en la capital?

Marianela se encogió de hombros y dejó escapar un sentido suspiro.

—No es una historia que me guste contar. Además, existen varias versiones y yo, si te soy franca, aún no tengo del todo claro qué fue lo que le pasó a mi hermano. Pero te puedo contar lo que escuché —Marianela volvió a suspirar y continuó—: Mi hermano es diez años mayor que yo. Desde pequeña, siempre lo vi colaborando a nuestro padre con la venta de los vinos. Nunca pasamos mucho tiempo juntos. Él solía estar rodeado de adultos que bebían y contaban historias que mis padres no me permitían escuchar…

»Cuando yo tenía la edad de Vani —prosiguió Marianela—, a Istele llegó una mujer llamada Eulalia, de la que Eusebio se enamoró perdidamente. Ella dijo estar de paso. Nunca supe cuál era su oficio. Lo que pronto supe fue que mi hermano logró convencer a mi papá para que le permitiera recorrer la Gran Península en su carreta, repartiendo vino de Istele.

»Tras la aprobación de mi papá, Eusebio empezó a recorrer la Gran Península acompañado por Eulalia. Solían pasar cortas temporadas en Istele; la mayor parte del año estaban lejos, quién sabe en dónde, vendiendo vino…

—¿Y la familia de Eulalia? —preguntó Freides.

—No sé. Escasamente recuerdo su rostro. Yo era muy pequeña. La última vez que la vi fue hace unos quince años…

»Lo que pasó —retomó Marianela— fue que Eusebio no regresó a Istele durante años. Mis padres se preocuparon mucho. Incluso mi padre salió a buscarlo, pero fue muy poco lo que pudo averiguar. La gente decía que lo habían visto dirigirse a Cambra, con Eulalia, acompañados por una escolta de la Guardia Real… Aunque otros decían haberlo visto solo y sin carreta, yendo de un pueblo al otro, con una botella siempre debajo del brazo…

»Después de cinco años de no saberse nada de él, llegó a Istele un día, con la ropa hecha harapos, muy flaco y con la mirada apagada. Nos contó una historia que aún recuerdo; y la recuerdo porque todavía me parece muy difícil de creer…

»Según lo que nos contó, Eulalia poseía un don muy especial. Era capaz de mover objetos con la fuerza de su mente. Un día, cuando estaban vendiendo vino en un pueblo, un grupo de bribones intentó asaltarlos. Cuando Eusebio ya daba todo por perdido, Eulalia hizo que los barriles volaran por los aires y golpearan a quienes querían robarlos. Los bribones huyeron espantados; pero alguien advirtió a la Guardia Real y les dijo que había una mujer con un don muy especial…

—Entonces —la interrumpió Freides—, fueron escoltados a Cambra para que Eulalia se presentara ante el rey…

—Así es; o, por lo menos, eso fue lo que contó mi hermano. Además, agregó que, al llegar a Cambra, Eulalia fue expuesta a pruebas muy difíciles y violentas. Incluso, en una de ellas, Eusebio intentó intervenir, por miedo a que Eulalia pudiera salir herida. A ella no le pasó nada; pero Eusebio recibió una paliza, por interferir…

»El rey ordenó a Eulalia permanecer en Cambra y recibir la formación necesaria para aprender a poner su don al servicio del reino y su seguridad. Por su parte, Eusebio fue expulsado con su carreta del Palacio, en vista de que carecía de algún don capaz de interesar a su majestad.

»Según Eusebio, al poco de salir del Palacio Real con su carreta, un numeroso grupo de ladrones se abalanzó sobre él, despojándolo hasta de los

zapatos. Tras el robo, intentó regresar al Palacio, pedirle ayuda a Eulalia. Pero al Palacio no entró ni él ni su mensaje. Así que decidió regresarse a Istele…

—¿Regresar a Istele? Pero había perdido su carreta, ¿no es así?

—Así es, Freides. Eusebio cuenta que regresó caminando, desde Cambra hasta la casa de mis padres en Istele. Le tomó varios años…

—¿Pero cómo sobrevivió? —exclamó sorprendido Freides— ¿Qué oficio puede ejercer un Carrero sin su carreta?

—Según él, sobrevivió contando historias —Marianela suspiró—; las cambiaba por platos de comida o por rincones en los que pasar la noche…

—No suenas muy convencida.

—Porque no lo estoy. Me cuesta mucho creer todo ese cuento. No encaja con la imagen que tengo de mi hermano desde pequeña. Hay otra versión de la historia que me parece más sencilla y creíble…

—¿Qué versión? —preguntó Freides.

—La que dice que Eulalia no tenía ningún don mágico, sino que simplemente abandonó a mi hermano y se fue con otro. Y Eusebio, lleno de tristeza, se bebió todo el cargamento de vino que llevaba consigo. Pero no fue suficiente, así que vendió la carreta y el caballo para poder seguir bebiendo. Cuando se quedó sin nada, vagó por los pueblos, hasta que algún buen paisano lo acercó a la casa de mis padres, a la que llegó, como te dije, muy flaco, vestido con harapos y con la mirada apagada...

»Pocos años después del regreso de Eusebio a casa, yo conocí a Elías, tu hermano. Me enamoró su tranquilidad... y decidí mudarme a Pireia a vivir con él. El resto de la historia ya lo conoces.

Segunda Parte

Capítulo I

Una visita inesperada

Siete años después de su última visita, Eusebio llegó a casa de su hermana Marianela, su cuñado Elías y su sobrino Iván, a quienes sorprendió. Muy poco habían vuelto a saber de Eusebio Carrero en los últimos años. Sabían que no había regresado a Istele, pero había seguido recorriendo la Gran Península, llevando bártulos y enseres de un lado al otro.

Eusebio llegó mediando la tarde en una carreta tirada por un caballo llamado Jarabe. Caía una ligera lluvia constante. Eusebio llevaba un abrigo enorme, que lo hacía lucir grande y gordo; pero seguía igual de flaco. Su pelo, largo y recogido en una coleta tras la nuca, se veía salpicado de canas, al igual que su barba, que llevaba años dejándose crecer.

Pese a la lluvia, Iván salió de la casa a saludarlo. Eusebio bajó de la carreta y se abrazó largamente con su sobrino. No intercambiaron mayor palabra. Iván se encargó de guardar la carreta bajo un cobertizo y llevar a Jarabe a la caballeriza, secarlo un poco y dejarle avena y agua para que repusiera energías.

Al entrar a la casa, Eusebio se quitó el abrigo y saludó a Elías y a Marianela. Después de los abrazos, ella miró de arriba abajo a su hermano y no evitó preguntar:

—¿Tú estás más alto?

—No lo sé —habló Eusebio con un tono más grave que el que su hermana le recordaba—; lo que sí sé es que estoy más viejo.

—¿Y qué te trae por aquí? —intervino Elías— Llevabas años sin visitarnos…

—Lo sé y lo siento. Desde hace algunos años no he tenido tiempo ni para detenerme a descansar. La Gran Península es muy grande; y en cada esquina puedes encontrar personas que necesitan un Carrero para transportar sus cosas de un lugar a otro…

—Toma asiento —propuso Marianela, señalando un sillón en la sala—; imagino que debes tener hambre y algo de frío.

—Aquí falta alguien —dijo de repente Eusebio, una vez se hubo sentado.

Marianela y Elías agacharon la mirada.

—Así es, Bito, aquí falta alguien. Pero primero termina de llegar, acomódate; y que sea Vani quien te cuente lo que pasó.

Tras decir esto, Marianela puso a calentar agua para el té y dispuso en una bandeja las galletas de avena que había horneado recientemente. Iván regresó de la caballeriza y ayudó a su mamá a servir el té y a llevar las galletas. Elías, mientras tanto, había avivado el fuego en la chimenea, introduciendo en ella algunos troncos que no tardaron en empezar a crepitar.

Una vez servidas las galletas y el té, cada quien en un sillón junto al fuego, Elías levantó su taza y brindó por el reencuentro. Acto seguido, miró a Eusebio y le dijo:

—Imagino que debes tener un millón de historias nuevas que contar…

—Así es, mi querido Elías, así es. Sin embargo, antes de empezar con alguna, quisiera sinceramente no ser yo quien cuente la primera historia.

Ustedes también deben tener mucho que contar. Por ejemplo, ¿volvió Vani a tocar en el Carnaval?

—Sí —se apresuró a contestar Marianela—; desde la primera vez que fue, no ha faltado un solo año. Ni él ni Emilia, ni muchos de sus primos. Yo los he acompañado un par de veces. Ha sido increíble. De verdad, el público los adora…

—Incluso —agregó Elías—, los han invitado a otros carnavales…

—Pero hasta el momento —retomó Marianela—, solo han ido al Carnaval de Goleo…

—¿Por qué? —la interrumpió Eusebio.

—Porque aún son muy pequeños… —respondió Marianela— Además, cuando crezcan podrán ir al Carnaval que quieran. Por ahora, deben colaborar a sus padres y aprender un oficio que puedan ejercer cuando no haya Carnaval…

—Siempre que van a Goleo —habló ahora Elías—, regresan llenos de regalos. Les han dado ropa, comida y hasta algunas pequeñas joyas. A Vani, además, le han obsequiado otros tambores, ninguno tan sonoro como el timbal, pero que también usa en sus presentaciones…

—El timbal… —musitó Eusebio.

Todos guardaron un incómodo silencio.

—Me alegra mucho escuchar —retomó la palabra Eusebio— que mis sobrinos son adorados en el Carnaval de Goleo. No es para menos. Hace muchos años, tuve la oportunidad de verlos y escucharlos; y son realmente increíbles… Lo que quisiera saber es otra cosa: ¿Dónde está Voraz?

—Es una historia muy larga —dijo Iván—; y no es de las que me gusta contar…

—No tienes por qué contarla en este momento —se adelantó a proponer Elías—. Mañana, por ejemplo, podrías contársela a tu tío. Imagino que él no tendrá ningún inconveniente…

—No pasa nada —repuso Eusebio— si hoy no me cuentas qué fue lo que pasó con Voraz. Yo solo espero que él esté bien, esté donde esté. Mi problema es otro. A medianoche debo partir nuevamente, para dar alcance a la caravana con la que viajo…

—¿Caravana? ¿Qué caravana? —preguntó Marianela.

—Una caravana de Carreros, como cualquier otra. Vamos de un lado al otro de la Gran Península llevando cosas. Viajamos juntos porque es más seguro. Nos cuidamos entre todos; y los viajes, pese a lo largos, suelen ser amenos…

—No sabía que existían caravanas de Carreros —confesó Marianela.

—Es normal que no las conozcas. Pireia no es una provincia por la que suelan pasar las caravanas. Para venir hoy hasta aquí, tuve que apartarme de una de las rutas que seguimos…

—¿Y cuánto llevas con la caravana? —inquirió Elías.

—Desde hace muchos años, casi tantos como los que tiene Vani —Eusebio bebió un sorbo de su taza, la dejó sobre una mesita cercana y se puso de pie—. Entré tan rápido a la casa que olvidé entregar los regalos que les traje…

Eusebio caminó hasta la entrada y recogió una mochila que había dejado junto a la puerta.

—A ti, querido Elías —habló, tras abrir la mochila e introducir en ella una mano—, te he traído estas botas. A ti, Mari, te traje esto —Eusebio le entregó una cajita de madera en cuyo interior había un polvo violeta—: Es tinte púrpura, de caracol de mar.

—La última vez que vi un tinte como este fue en Istele. Lo usamos mi mamá y yo para teñir un vestido… Gracias, Bito.

—Y a ti, Vani —continuó Eusebio, tras dejar la mochila en el piso, hurgando con ambas manos sus bolsillos—, te traje… Te traje… ¿Dónde está? Debería estar en alguno de estos bolsillos… Vani, te traje… algo que dejé olvidado en la carreta…

—¿Qué es, tío?

—No es más que un detalle que cabe en un bolsillo… Cuando llegue la hora de salir, me acompañas hasta la carreta y te lo entrego…

—Está bien —accedió Iván.

—Por eso no has vuelto a Istele —habló de repente Marianela, dirigiéndose a Eusebio.

—No entiendo a qué te refieres, Mari. Es cierto que el tinte púrpura no lo conseguí en Istele, sino en Altaya, pero…

—No me refiero a eso. Quiero decir: No has vuelto a Istele porque permaneces todo el tiempo con la gente de la caravana.

—Así es. Se han convertido en una segunda familia para mí. Nos vemos todos los días, vamos juntos a todas partes, nos contamos mil historias y nos ayudamos cuando estamos en problemas… Pero eso no es todo. Cuando voy

con la caravana, me siento orgulloso de ser Carrero, me alegra haber elegido este oficio. Hago bien a este reino llevando cosas de un lado al otro…

—¿Y por qué elegiste ese oficio? —lo interrumpió de pronto Iván.

—Creo que no elegí mi oficio, sino que el oficio me eligió a mí.

—No entiendo.

—Quiero decir, Vani, que cuando empecé nunca imaginé que me dedicaría a ello el resto de mi vida… Tu mamá era apenas una niña por aquel entonces…

—Pero aún lo recuerdo —dijo Marianela

—Sin embargo —prosiguió Eusebio—, no fue sino hasta algunos años después que me hice a la idea de dedicarme a ello en serio. Fue cuando conocí a una mujer, llamada Eulalia. Ella me acompañó en mis primeros viajes largos. Con ella conocí Cambra…

»Eulalia fue una gran compañía durante esos primeros viajes. Por desgracia, las cosas no salieron bien. Encontramos en el camino obstáculos que no pudimos superar; o, bueno, sí pudimos superarlos, pero cada quien por su lado…

—Tío, hace unos años escuché en Goleo una historia sobre ti. Me la contó Alí. Él me dijo que, en una época de tu vida, tú no tenías carreta y recorrías la Gran Península a pie… ¿Eso es verdad?

—Sí, es verdad. Pero también es verdad que no lo hice por gusto. Cuando fui a Cambra, tras separarme de Eulalia, fui asaltado. Me robaron hasta la gorra. Tuve que regresar caminando hasta Istele, donde mis padres, para volver a empezar…

—Pero eso te habrá tomado años —exclamó Elías.

—Sí; pero me permitió conocer la Gran Península; y conocer mucha gente a la que aún visito de vez en cuando…

—Sugiero que, antes de continuar, preparemos algo de comer —planteó Marianela poniéndose en pie—. Las historias se cuentan y se escuchan mejor con la panza llena...

—Estoy totalmente de acuerdo —dijo Eusebio—. Es más: También traje algo de comer y de beber.

Dicho esto, retomó la mochila del piso y de ella extrajo una botella de vino y unos pescados envueltos cuidadosamente en una tela.

—Este es vino turquesa de Istele —habló levantando la botella—; y aquí tengo algunos pescados frescos del río Quile.

—No sabía que ahora pescabas —intervino Marianela.

—Fue un amigo de la caravana quien los pescó. Nunca he tenido la paciencia suficiente para ser buen pescador…

* * * **La Cena**

Preparados los alimentos, se sentaron todos a la mesa a comer. Eusebio descorchó el vino. Cuando se disponía a servirlo a Elías, él cubrió la boca de su copa y negó con la cabeza.

—Preferiría tomar aguamiel.

—Vamos, Elías, tómate al menos un trago. Es un vino inmejorable…

—No, Eusebio, gracias.

—Aprovecha la oportunidad. No todos los días tienes un buen vino de Istele en la mesa.

—Déjalo —intervino Marianela—; no todo el mundo comparte tus gustos…

—¿Te sirvo una copa?

—No, Bito, gracias. El vino me da sueño; y no deseo ir aún a dormir.

—Está bien, tomaré solo yo.

—Estabas contando una historia —habló Elías— sobre tu oficio y la caravana...

—Es cierto. ¿Por dónde iba? Ah, sí. Retorné a Istele caminando. Me tomó un par de años conseguirlo; y, durante las primeras semanas tras mi regreso, no quise salir de casa. Dormí largamente y solo me concentré en comer bien. A medida que fui reponiéndome gracias al descanso y a la comida, así como a los mimos de mi madre y a las palabras de aliento de mi padre, fueron regresando a mí las ganas de volver a recorrer los caminos de la Gran Península con mi carreta. El problema, para entonces, era que no tenía una carreta. Así que me puse a trabajar en el puerto, hasta reunir lo suficiente para

comprarme una pequeña carreta, de dos ruedas; y un rocín flacuchento pero resistente, llamado Abedul.

»Con mi carreta nueva y mi caballo, salí nuevamente a recorrer los caminos, llevando barriles a pueblos cercanos. Solía hacer recorridos cortos, sin salir de la provincia. Pero un día, cuando ya llevaba algunos años de haber retomado el oficio, fui a llevar unos barriles a un pueblo al que ya había ido en un par de ocasiones. Allí, alguien me convenció de ir a Meluq, un pequeño poblado, en la frontera de Istele con Altaya, donde el vino que yo comerciaba podría encontrar clientes muy interesados en comprarlo y dispuestos a pagar una buena cantidad por él. Hacía allí conduje mi carreta, sin más compañía que la de Abedul. Tras un viaje no muy largo por una difícil trocha, arribé a Meluq cuando ya anochecía. Era un pueblo realmente pequeño, de no más de veinte casas; de mala apariencia, es decir, con todo el aspecto de ser un pueblo de chorizos...

—¿Un pueblo de chorizos? —lo interrumpió Iván.

—Así es, Vani, un pueblo de chorizos, un pueblo de ladrones, en el que nada bueno te puede pasar, a no ser que seas uno de ellos.

»Entonces —prosiguió Eusebio—, sin demoras busqué dónde vender lo que traía y pasar la noche. En ese pueblo había una sola posada. Allí me compraron los barriles que traía, por un buen precio; y además, por una módica suma, podía pasar la noche en una habitación para mí solo.

»Todo me pareció tan sencillo que desestimé mis temores iniciales. Me senté en la barra de la tasca de la posada y pedí algo de beber. El tabernero

me ofreció una bebida local, llamada blust, muy aromática y muy fuerte, capaz de adormecerte las manos y nublarte la cabeza si la tomas sin moderación…

»Me tomé una sola copa de ese licor. Cuando la estaba terminando, y ya me preparaba para recogerme en mi habitación, dos hombres en aquella tasca se pusieron a discutir, dando grandes voces, usando palabras que para nadie es agradable escuchar. A esa discusión, en cuestión de un par de minutos, otros hombres se unieron, con actitud igual o más violenta que la de quienes la comenzaron. Yo empecé a preocuparme cuando vi que uno de aquellos hombres desenfundó un cuchillo corvo con el que amenazó a otro hombre. No tardaron en desenfundarse más cuchillos…Parecía como si allí yo fuese el único que estaba desarmado.

»Lo que sobrevino después fue una verdadera batalla campal. Empezaron a volar botellas y sillas. Yo busqué refugio detrás de la barra. Fue allí, escondido tras el enorme mueble de madera, que vi a un hombre de baja estatura, barba y cejas muy pobladas, que hablando con un extraño acento me invitó a guarecerme con él en la cava de la posada. Acepté sin dudarlo y lo seguí. Me condujo hacia una pequeña puerta que daba a un pasadizo. Tras entrar, aseguró la puerta, encendió una lámpara de aceite y juntos nos dirigimos a la cava.

»En esa cava pasamos la noche. Estuvimos hablando largas horas. Él me dijo que su nombre era Pliugdt Tonelero. Provenía de un lugar al que se refirió como el Enorme Pueblo, que quedaba a muchas jornadas de viaje de allí y que pocos en la Gran Península conocían. Yo, por mi parte, le dije mi nombre y le

hablé de mi oficio; y, agradecido por haberme salvado de la trifulca, le pregunté si había algo que pudiera hacer para devolverle el favor que me había hecho.

»Pliugdt no lo pensó mucho y me contestó que había algo que yo podía hacer por él. Sin embargo, no era una tarea fácil la que él deseaba encomendarme. Incluso mi vida podía correr algún riesgo. Pero que, si yo estaba realmente dispuesto a demostrar mi gratitud, él tenía un favor muy importante que pedirme…

—¿Y qué te pidió? —preguntó Elías interesado.

—Algo nada fácil: Que llevara una carta al Enorme Pueblo y se la entregara a su hermana, Ijli, a quien él cariñosamente llamaba Osita.

—¿Y por qué podía ser difícil, tío?

—Por una razón muy sencilla. Es cierto que, a lo largo de mis viajes, yo había escuchado hablar varias veces del Enorme Pueblo; pero nunca llegué a creer que realmente existiera. Hasta ese momento, yo había estado convencido de que no era más que una leyenda, un cuento de otros tiempos…

»De todas maneras —continuó Eusebio—, acepté. Le prometí a Pliugdt que no descansaría hasta encontrar a su hermana y entregarle personalmente la carta que él le enviaba. Al escuchar mi promesa, Pliugdt se puso muy contento; y agregó que su hermana y toda su familia se encargarían de recompensarme.

»Pliugdt me dio algunas indicaciones para llegar al Enorme Pueblo. Debía conducir mi carreta hacia el Valle Central; y una vez allí, dirigirme hacía el Espeso Bosque, que es una pequeña jungla que, como su nombre lo indica, se caracteriza por ser bastante impenetrable. El Enorme Pueblo se halla al otro lado del Espeso Bosque. Me aconsejó que no lo atravesara con mi carreta, sino

que lo hiciera caminando. Podía dejar la carreta y el caballo en alguno de los pueblos que hallaría cerca del Espeso Bosque; y luego, al regresar, podría recogerlos.

»A la mañana siguiente, me despedí de Pliugdt y salí rumbo al Valle Central. Tardé algunas semanas recorriendo el camino que me condujo hasta un poblado cerca del Espeso Bosque en el que dejé mi carreta y mi caballo. En ese poblado, algunos de sus habitantes creyeron que yo estaba loco cuando me escucharon decir que tenía pensado atravesar el bosque para ir a un pueblo ubicado al otro lado. Incluso, más de uno intentó hacerme cambiar de parecer, al afirmar que lo que yo estaba buscando no existía, nunca había existido; y que muchas de las personas que habían entrado al Espeso Bosque jamás habían regresado.

»No puedo negar que emprendí mi viaje con algunos temores. Pero no me dejé detener por ellos. Le había hecho una promesa a Pliugdt; y no soy hombre que olvide su palabra. Así que entré al Espeso Bosque; y durante varios días caminé y caminé, rodeado de exuberante y tupida vegetación, árboles altísimos y muy poca luz.

»Poco a poco, la comida que llevaba conmigo empezó a agotarse. Ni soy bueno pescando ni, mucho menos, cazando; y las plantas que allí encontraba no me ofrecían alimento conocido. Mi ánimo comenzó a flaquear. Con cada paso que daba, era más clara la sensación de estar perdido. Además, estaba solo. No tenía ni a Abedul para compartir con él mi creciente angustia…

»Una noche, del quinto o sexto día que llevaba allí metido, me senté en un pequeño claro que encontré y me puse a llorar desconsolado. Algo en mi

interior me había terminado de convencer de que ya no había forma de sobrevivir. En mi mochila no me quedaba más que un poco de agua y un pequeño trozo de pan endurecido…

»No sé durante cuánto tiempo estuve allí sentado, sollozando derrotado. Lo que sí sé es que algo llamó mi atención; y cambió mi preocupación por miedo, mucho miedo. Escuché ruidos entre el follaje. Todo estaba a oscuras. El cielo estaba encapotado. Yo estaba solo…

»Poco a poco, los ruidos fueron acercándose. Parecía como si alguien o algo me estuviera acechando. Yo tenía la sensación de que me observaban en silencio, esperando quizás a que bajase la guardia para atacarme. Pocas veces en mi vida he sentido tanto miedo…

De pronto, algo sonó en la cocina. Fue el ruido de un cacharro cayendo al piso. Todos saltaron del susto, salvo Eusebio que, con una sonrisa en la boca, dijo mirando hacia la cocina:

—Te estabas demorando. Ya sabía yo que vendrías por un poco de pescado…

—¿Quién es? —preguntó inquieta Marianela.

—Ya verás.

Capítulo III
Nácar

Pasito a pasito, sin perder su sigilosa cadencia, una bella felina gris de pelaje nacarado salió de la cocina. Al verla, Eusebio tomó un trozo de pescado del plato, lo desmenuzó con sus dedos y, extendiendo el brazo, lo ofreció en su mano abierta a la recién llegada.

—Ven para acá, bella Nácar.

—¿Es tuya? —preguntó Iván.

—Me acompaña en la carreta desde hace unos años —respondió Eusebio, mientras Nácar comía de su mano.

—Es un gato muy grande —intervino Elías.

—No es un gato, es una gata; o, bueno, tampoco es una gata, es una felina de la familia de los tigrillos y los ocelotes; de ahí que su tamaño sea un poco mayor, sus patas sean más robustas y sus zarpas más pesadas que las de un gato o una gata normal.

»En algunas provincias —prosiguió Eusebio— los llaman gatos de selva o gatos de bosque. No son domésticos. Es más: Nácar odia vivir en espacios cerrados. En eso nos parecemos…

—¿Y dónde la encontraste? —preguntó Iván.

—Creo que fue ella la que me encontró a mí. Una noche, que decidí pasar junto a un camino, armé una pequeña fogata y cociné algo de pescado que llevaba. Entonces ella apareció. Al principio llegué a creer que se trataba de

una ilusión, porque parecía como si una sombra iridiscente hubiese tomado cuerpo…

»Esa noche, Nácar me recibió comida, pero no de la mano, como en este momento. Y tenía mucha hambre. Además, llegó con una herida en el lomo y un corte en la punta de su oreja derecha, aquí —señaló la oreja de Nácar—. Llegó sola; o, bueno, quienes la acompañaban iban en su vientre. Estaba embarazada.

»Dos meses más tarde, dio a luz tres hermosas criaturas felinas. Dos hembras y un macho. La hembra mayor es toda negra, salvo en las puntas de sus cuatro patitas y en una franja debajo del mentón que son blancas. Parece de traje y guantes, muy elegante siempre. La hembra menor es una tigrilla. Su pelaje es castaño y está atravesado por franjas de colores llameantes, que la hacen lucir como si fuera hija del fuego, como si hubiera salido de una fogata. Y el macho es de un gris más oscuro que el de Nácar; y su pelaje también es iridiscente, lo que lo hace parecer hecho de plata…

—¿Y qué pasó con ellos? —lo interrumpió Iván.

—Se quedaron en el Enorme Pueblo. A veces voy a visitarlos…

—¿Puedo darle de comer? —preguntó Iván tomando un trozo de pescado de su plato.

—No he visto que le reciba a nadie más en la mano —contestó Eusebio—; pero podrías intentarlo…

—Ten cuidado —habló Marianela—, que no te vaya a morder...

—Nácar no es agresiva. Es más: A veces es demasiada tranquila y mimada.

Iván estiró su brazo, llevando en la mano un generoso trozo de pescado desmenuzado. Nácar le echó un vistazo, pero no le puso mayor atención. Terminó de comer lo que había en la palma de Eusebio y luego trepó en sus piernas para dejarse acariciar.

—Pero entonces —retomó Elías— pudiste llegar finalmente al Enorme Pueblo y entregar el mensaje de Plit, no; Plig, no; Plut, tampoco; Pligu… Del tonelero de nombre raro.

—Pliugdt, de la gran familia Okljadl del Enorme Pueblo…

—¿Ócol-jad? —intentó repetir Elías.

—Algo así. A mí me tomó algunas semanas aprender a pronunciarlo correctamente. Son una gran familia cuyos miembros, en su mayoría, se dedican a trabajar el metal y a preparar una cerveza espesa y poco traslúcida, a la que llaman klagdt…

—No hay licor de la Gran Península —habló Marianela— que tú no conozcas…

—Pero un momento —la interrumpió Elías—: Íbamos en que estabas perdido en el Espeso Bosque, solo y de noche; y que un animal te estaba acechando…

—Es cierto; pero no era un animal lo que me acechaba. Era un hombre. Es más: ni siquiera me estaba acechando; tan solo me observaba…

—¿Y ese hombre qué quería? —inquirió Elías.

—Ayudarme.

—¿Y por qué?

—Porque yo estaba en su casa, que es el bosque, el Espeso Bosque. Él vive allí, él se encarga de cuidarlo y de ayudar a quienes se extravíen dentro de él…

—¿Pero cómo puede un único hombre —habló ahora Marianela— cuidar él solo un bosque?

—Es que no se trata de un hombre común y corriente. Él nunca ha dejado de crecer ni un solo día de su vida… Déjame que les siga contando.

»Les decía que en la quinta o sexta noche en el Espeso Bosque, me senté en un pequeño claro que encontré y me puse a llorar desconsolado. Fue entonces que escuché una voz, muy grave y profunda, pero también amable y cálida, que al comienzo no entendí qué decía, pero que luego comprendí que buscaba tranquilizarme y me pedía que no tuviera miedo, que no le tuviera miedo, porque no quería hacerme ningún daño…

»Debo confesar que, a lo largo de mis viajes, he visto caballos de seis y ocho patas; y he cabalgado mariposas; y he hablado con personas de más de doscientos años de edad; y he visto ranas bailando y lechuzas haciendo música; y he apreciado tormentas que duran semanas y otoños que duran años. He visto duendes, almas errantes, brujas y brujos, magas y magos, hombres elásticos y mujeres más barbadas que yo. Y he sobrevivido naufragios, estampidas, nevadas y desiertos. Pero en ese momento, cuando entre las sombras del bosque lo vi aparecer por primera vez, sentí que mis piernas desfallecían de miedo y mi boca se abría de par en par ante tan insólito personaje. Incluso quise gritar, pero un nudo en mi garganta me impidió emitir cualquier sonido.

—¿Tan grande era? —preguntó Elías.

—Más que grande. Gigante. Era por lo menos cuatro veces más alto que yo…

—Y eso que tú eres el más alto de la familia —repuso Marianela.

—Así es. Después de conocer a Jenofonte, dejé de creerme alto…

—¿Jenofonte?

—Ese es su nombre. Y superada un poco mi sorpresa, lo saludé amistosamente y me presenté ante él, sin poder evitar pedirle que no me aplastara. Él rio de buena gana y repitió que solo quería ayudarme. Luego me preguntó si tenía hambre, si tenía frío.

»No puedo negarles que todo me pareció un extraño sueño. Llegué a creer que me había quedado dormido y todo lo que estaba viendo no era más que una ensoñación. Pero por más que me pellizqué, no desperté, porque era real lo que estaba viviendo.

—¿Y cómo era el gigante? —preguntó Iván.

—Como ya dije, tenía cuatro veces mi estatura. Llevaba una barba larga y tupida, en la que habitaban pájaros y ardillas. Vestía unos pantalones anchos y un largo y grueso camisón, ambos llenos de bolsillos. En uno de esos bolsillos, Jenofonte me introdujo cuidadosamente; y luego me llevó a su casa, construida en las copas de unos árboles altísimos, mucho más altos que él. Para llegar hasta allá, trepó por el tronco de un árbol, apoyándose en una serie de peldaños y estribos que facilitaron su rápido ascenso.

»La casa de Jenofonte, como tal, no era una casa. Era una amplia superficie de madera, suspendida entre varios altísimos árboles, cuyas copas

servían un poco a modo de tejado. No tenía muebles del tamaño de Jenofonte. Eso sí, había un buen número de sillas, mesas y camas, así como un horno, implementos de cocina y menaje. Aunque todo ello parecía hecho para ser usado por niños o niñas.

»Jenofonte me ofreció una increíble cantidad de comida y de bebida. Además, sin mayor esfuerzo, rompió una rama y la despedazó entre sus dedos, para que yo tuviera leña con la que alimentar el horno y, así, calentarme.

»Después de comer y beber, nos pusimos a conversar, disfrutando la increíble vista que desde allí teníamos. Podíamos apreciar todo el Espeso Bosque; y, más allá, ríos y pueblos, así como las imponentes montañas de Eguria, con sus picos nevados. Fue entonces que Jenofonte me contó su historia.

Capítulo IV

La historia de Jenofonte

Nací en un diminuto pueblecillo perdido en la enorme geografía de la Gran Península. Fui el penúltimo de quince hijos, en su mayoría varones. Mi padre, un infatigable agricultor, murió poco antes de que yo cumpliera siete años. Desde entonces, mi madre y mis hermanos mayores tuvieron que hacerse cargo de la casa y de los cultivos, además de la crianza de los más pequeños.

De niño, nunca me caractericé por ser muy comedido con las labores domésticas ni muy aplicado con las labores del campo. Ante todo, prefería dormir. Comer y dormir; dormir y comer y ver el cielo y buscar figuras en las nubes hasta caer dormido una vez más. A eso dediqué buena parte de mi infancia y mi juventud, sin ponerle demasiada atención a las burlas de algunos de mis hermanos, que decían que yo era un haragán.

Al cumplir los dieciséis años, mi madre me dijo que ya era hora de que me dedicara, como el resto de mis hermanos, a trabajar la tierra de sol a sol. No fue esa una buena noticia para mí, ya que implicó tener que madrugar todos los días, truncando mis agradables sueños. Mis tersas manos, al cabo de la primera semana, estaban hinchadas y ampolladas, tanto que no las podía usar ni para comer. Lloré mucho, rogándoles a mi madre y a mis hermanos que me permitieran volver a mi rutina anterior. Ni mi madre ni mis hermanos accedieron; y me exigieron que aceptara y asumiera que yo ya no era un niño que podía pasarme la vida durmiendo a la sombra del trabajo de los demás.

Por aquel entonces, cuando había cumplido dieciséis años, yo era, entre mis hermanos, el más alto. Y con mi tamaño, también creció mi apetito. Devoraba cuanta comida encontraba por delante; y no engordaba; solo crecía, lentamente, sin parar. Hasta que un día, incapaz de contenerme, devoré la comida de la familia entera; y como castigo por el daño que les causé a todos, mi madre y mis hermanos me expulsaron de la casa y me dijeron que buscara otro lugar en el que ejercer mi oficio de voraz durmiente.

Entonces, me despedí de mi familia y me marché. Para cuando salí de casa, mi estatura superaba en más de una cabeza al más alto de mis hermanos; y debo decir que todos mis hermanos, y también mi madre, eran de silueta espigada.

Salí de la casa y del pueblo, buscando un lugar en el que pudiera conseguir qué comer para dormir tranquilo. Durante las primeras semanas, me alimenté de frutos que fui encontrando por el camino; y me acostumbré a dormir a la luz de las estrellas, cubriéndome cada noche con una manta que, poco a poco, se me fue quedando pequeña.

Mis pasos me llevaron a un pueblo bastante más grande que aquel del que yo venía. Había sido construido junto a un caudaloso río y servía como puerto de carga y descarga para las embarcaciones.

Mi estatura pronto empezó a llamar la atención de la gente. Algunos incluso bromeaban y decían que yo estaba hecho para limpiar chimeneas y pintar tejados. Pero no fue haciendo eso que permanecí allí durante varios meses. Sin dejar de crecer, me dediqué a trabajar como Estibador, es decir, a llevar y traer alimentos y enseres de la orilla del río a diferentes rincones del pueblo.

El trabajo era agotador; pero disponía de suficiente tiempo para dormir a mis anchas en alguna bodega. Además, aprendí a pescar y a cocinar lo que pescaba, lo que me mantuvo bien alimentado durante el tiempo que estuve allá.

Sin embargo, con el pasar de los meses, las cosas empezaron a cambiar para mí. La gente que se reía de mí dejó de hacerlo; y sus burlas se convirtieron en miradas llenas de miedo y desconfianza. Dejé de causarle gracia a la gente a mi alrededor.

Un buen día, un cargamento de comida desapareció del puerto. Sin más pruebas que sus prejuicios, muchos me acusaron de haber sido quien robó ese cargamento. Yo no le puse demasiada atención a ese asunto, ya que era consciente de mi inocencia. No obstante, a partir de ese incidente, cada vez que algo, grande o pequeño, se perdía en el puerto, la gente decía que se lo había llevado el gigante Chorizo, es decir, yo.

En el puerto ya nadie quería que yo me encargara de llevar y traer sus enseres. Además, llegó un punto en el que no me dejaron entrar más a las bodegas, lo que me obligó a volver a dormir a la luz de las estrellas. Así que decidí continuar con mi búsqueda de un lugar en el que poder comer bien y dormir tranquilo cada día. Y qué mejor camino que el río para ir a otros lugares.

Midiendo al menos el doble que cualquiera de sus ocupantes, me incorporé a la tripulación de un barquito de río. Pero no duré mucho entre ellos. Nunca me acostumbré al continuo movimiento. Me mareaba con frecuencia…

Decidí volver a tierra firme. Así que, tras pasar varios días echado en la cubierta del barco, lidiando contra mi malestar, desembarqué en un pequeño

poblado. No fui muy bien recibido. Desperté temor entre la población. Una vez más estaban allí la desconfianza y el miedo en sus miradas.

Preferí entonces proseguir mi camino a pie, siguiendo la orilla del río. Viví tranquilo durante largos meses. Pero me hacía falta la compañía de otras personas. Quería hablar con alguien y poder escuchar una voz diferente de la mía.

Un día, poco después de la caída del sol, escuché a lo lejos el rumor de una melodía. Sin dudarlo, me dejé guiar por ese rumor. Encontré el origen de la música tras caminar durante un buen rato. Se trataba de la caravana de un circo, que se había detenido para comer y descansar. Un grupo de cuatro o cinco personas animaban con su música la velada.

El efecto de la música me hizo olvidar mi estatura y me acerqué a los músicos para poder escucharlos mejor. Pero los músicos, al ver que me acercaba a ellos, quedaron paralizados de miedo. Un hombre musculoso desenfundó una larga espada y señaló con su punta mi rostro; otro hombre que lo acompañaba aferró una lanza y amenazó con arrojármela si no me alejaba de inmediato.

De repente, apareció un hombre muy delgado, delgado hasta los bigotes. Le pidió a la gente que se tranquilizara y se acercó a mí. Me preguntó mi nombre y mi oficio; y luego, tras escucharme, me dio la bienvenida y me invitó a tomar asiento cerca del fuego y los músicos. Además, me ofreció un barril de vino, que no tardé en beber entero; y, al terminarlo, aquel mismo hombre, llamado Obdulio, director del circo, me ofreció un segundo barril que también bebí.

La pesadilla comenzó a la mañana siguiente. Cuando desperté, sediento y con dolor de cabeza, me encontré fuertemente encadenado. Reuní todas mis fuerzas para intentar soltarme, con la firme esperanza de poder deshacerme de esas cadenas como de un mal sueño. Pero solo conseguí hacerme daño.

Obdulio había decidido que yo sería una nueva atracción de su circo itinerante. Y así lo fui, durante tres largos años, que parecieron muchos más, a lo largo de los cuales permanecí casi siempre encadenado, mal alimentado y obligado a dormir a cielo abierto.

Pocas semanas después de mi captura, los hijos de Obdulio apresaron a un hombre de muy baja estatura, llamado Edgardo. No alcanzaba a llegarme a la rodilla; y, durante las presentaciones, salíamos juntos al escenario, él en una pequeña jaula y yo encadenado.

Desde el primer momento, Edgardo y yo nos llevamos muy mal. Era como si, por la diferencia de estatura, estuviéramos condenados a odiarnos. Esto se puso en evidencia cuando empezamos a jugarnos bromas muy pesadas. Por ejemplo, un día, encontré a Edgardo durmiendo. Lo tomé con suma delicadeza y lo acomodé en lo alto de un árbol. Despertó en caída libre. Por fortuna no se rompió ningún hueso. Como respuesta, Edgardo intentó envenenar mi comida; pero fue tan reducida la cantidad de veneno que utilizó que lo único que consiguió fue generarme un malestar estomacal terrible, que obligó al circo a detener su marcha durante varios días.

Todos en el circo parecían celebrar la discordia entre Edgardo y yo. Inventaban rumores, tales como que llegaría la ocasión en la que yo devoraría a Edgardo en plena presentación del circo; o, también, que Edgardo

aprovecharía su reducida estatura para introducir en mi boca o en mis orejas serpientes venenosas. Nada de eso ocurrió. Lo que realmente ocurrió fue diferente.

Una noche, tras llevar años de ser rehén de ese cruel circo, cuando ya todos dormían, escuché que los hijos de Obdulio llegaban ebrios, dando grandes voces. Era algo frecuente. Solían ir a beber y regresar a la caravana del circo después de medianoche. Pero en esa ocasión, tuvo lugar algo sin precedentes.

Esa noche, Jerónimo y Tomás, los hijos de Obdulio, llegaron borrachos como de costumbre. Pero no llegaron a acostarse, sino que fueron en busca de Edgardo, a quien sacaron de su jaula y lo comenzaron a golpear, por pura diversión. Los quejidos de Edgardo llamaron mi atención. Con el mayor sigilo, me acerqué para ver cómo los hijos de Obdulio le daban una paliza, hasta que, en algún momento, temí que fueran a darle muerte; y eso no me gustó, por una razón muy sencilla: Me había prometido matar algún día a Edgardo, por lo que no podía permitir que otros se adelantaran a mi plan. Así que, ayudándome con las cadenas que me ataban, sin demasiado esfuerzo dejé fuera de combate a los hijos de Obdulio; y cuando ya me disponía a descargar mi puño cerrado sobre el cuerpecito de Edgardo, él me pidió que lo escuchara:

—¡Detente! —exclamó— Podemos llegar a un acuerdo. Si me dejas vivir, podré abrir los candados de tus cadenas y podremos huir juntos de aquí.

Al escucharlo, una mezcla de sentimientos me atravesó. Todavía tenía ganas de cumplir mi descabellada promesa; pero, al mismo tiempo, me di cuenta de que no tenía ningún sentido hacerle daño a alguien que podría

ayudarme a salir de la pesadilla en la que llevaba varios años. Así que accedí. Permití que Edgardo se encargara de mis candados. Retiré mis cadenas y juntos, antes de que amaneciera, nos dimos a la fuga.

Durante las primeras semanas que vinieron tras la huida, nos limitamos simplemente a alejarnos de toda ruta y de todo pueblo, y a permanecer la mayor parte del tiempo en movimiento. Sabíamos que nos saldrían a buscar; y, si nos hallaban, probablemente el castigo que nos aguardaba sería fatal.

Pasadas esas primeras semanas, encontramos buen refugio en un bosque que había junto a un río. Allí, más tranquilos, Edgardo y yo tuvimos tiempo para hablar, para contarnos nuestra historia y definir un plan, ya que no estábamos dispuestos a pasar el resto de nuestras vidas escondidos en ese bosque.

Lo primero que Edgardo me contó fue que él provenía de un lugar solo habitado por personas de estatura similar a la suya. A ese lugar lo llamó el Enorme Pueblo; y agregó que fue fundado muchos años atrás, durante el reinado de Laercio Primero, cuando en la Gran Península se perseguía a las personas de baja estatura, acusándolas de haber sido cómplices del asesinato del rey Piero.

El Enorme Pueblo estaba dividido en varias grandes zonas, cada una de las cuales estaba gobernada por una gran familia. No hay que olvidar que las personas de baja estatura no son todas iguales entre sí. Hay algunos barbados y otros lampiños; a unos les agrada la luz del sol, mientras que otros no la resisten. Así mismo, entre ellos hay quienes se dedican a oficios agrícolas, mientras que otros se dedican a la crianza de animales, a la minería o a la pesca.

Edgardo provenía de la gran familia de los Enuaín. Era sobrino nieto de Elonio, el gobernante de su zona. Había permanecido toda su vida en el Enorme Pueblo, hasta que un día decidió salir a conocer el mundo, a escondidas de su familia, acompañado por un primo y una prima, llamados Eliberto y Eania.

Tras atravesar el Espeso Bosque, Edgardo, Eliberto y Eania recorrieron algunos pueblos del Valle Central, hasta que en uno de ellos encontraron un circo que anunciaba, como su principal atracción, a un enorme gigante, debidamente encadenado, para que se lo pudiera apreciar en todas sus dimensiones, sin correr ningún riesgo.

Los tres entraron a la función para verme; y, poco después de que la función terminara, un hombre delgado hasta los bigotes se les acercó y les dijo que tenía un regalo para darles. Era una trampa; sin embargo, Eania, gracias a su agilidad, logró evadirse con facilidad y huir. Eliberto intentó hacer lo mismo, pero fue alcanzado por los furiosos hijos del director del circo que, sin medir sus fuerzas, lo golpearon hasta dejarlo sin vida. Edgardo, que vio de cerca cómo ocurrió todo, decidió no oponer resistencia para no terminar como su primo.

Fue desde entonces que Edgardo pasó a pertenecerle al circo y se convirtió en una nueva atracción para el público; y, también desde ese momento, me culpó de sus desgracias, ya que por irme a ver había perdido a un ser querido y a su amada libertad.

Para cuando me contó su historia, ya todo se había aclarado en su cabeza y en su corazón. No me guardaba rencores; incluso, les agradecía a sus dioses

haberme conocido, ya que yo podía ayudarlo a regresar una vez más al Enorme Pueblo.

Cuando me propuso tomar rumbo a su pueblo natal, le contesté que no me interesaba ir a un lugar lleno de personas que escasamente me llegaban a la rodilla. Era demasiado arriesgado, tanto para mí como para los suyos. Él estuvo meditando la cuestión algunos días, hasta que se le ocurrió una idea: Yo podía llevarlo hasta el Espeso Bosque; una vez allí, nos separaríamos. Él seguiría solo hasta su pueblo, mientras yo podía permanecer en el bosque y hacer de él mi casa. Nadie iría a molestarme y podría vivir tranquilo y en libertad. Añadió además que cuando su gran familia se enterase de la ayuda que yo le había ofrecido, me sabría recompensar generosamente.

Finalmente accedí. Durante casi un año estuvimos recorriendo la Gran Península. Solíamos desplazarnos siempre de noche y dormir mientras alumbraba el sol. A lo largo de todo el trayecto no nos dejó de acompañar el miedo a volver a ser capturados por el circo. Por fortuna, eso no ocurrió.

Yo seguí creciendo. Si, para cuando emprendimos la huida, Edgardo escasamente me llegaba a la rodilla, para cuando arribamos al Espeso Bosque él no era más largo que uno de mis antebrazos. Además, por el camino, tuve que hacerme a algunas telas, para confeccionar ropa de mi tamaño, ya que las prendas que llevaba al salir del circo se me habían quedado pequeñas.

En el Espeso Bosque me sentí a gusto desde el primer momento. Quedé fascinado con su exuberante vegetación y, sobre todo, con sus altísimos árboles, que consiguieron hacerme olvidar mi estatura.

Como lo habíamos acordado, una vez dentro del Espeso Bosque, Edgardo siguió solo su camino. Nos despedimos fraternalmente y él prometió que, más pronto que tarde, nos volveríamos a ver, para recompensarme por toda mi ayuda.

Poco llevaba en el Espeso Bosque cuando, una mañana, escuché vocecitas agudas que me llamaban por mi nombre. Era Edgardo, acompañado por una comitiva del gobierno de su zona, que deseaba agradecerme por haberlo traído de vuelta a su pueblo natal.

En mitad del bosque, en improvisada ceremonia, fui solemnemente invitado al Enorme Pueblo, donde podría construir mi propia casa y recibiría el título honorífico de hijo adoptivo de la gran familia de los Enuaín.

Sin dejar de parecerme todo un poco gracioso y exagerado, acepté acompañar a Edgardo y su comitiva al Enorme Pueblo. No puedo negar que al entrar allí por primera vez sentí que me hallaba ante un pueblo de juguete. Mucha gente gritó de emoción al verme; y algunos niños, que no me daban ni al tobillo, lloraron atemorizados.

Con suma delicadeza, me conduje por las callecitas, siguiendo a la comitiva en su camino hacia la plaza principal de esa zona del Enorme Pueblo. Poco antes de llegar a la plaza, tuvimos que atravesar un puente que cruzaba un río. El puentecito no resistió mi peso y se quebró. Algunos, entre ellos también Edgardo, cayeron al agua; pero, sin mayor esfuerzo, como si estuviera pescando con mis manos, logré salvar a todos los caídos y los puse al otro lado del puente. Luego, sin salir del río —que me daba hasta la mitad del muslo—, prometí ante la gente allí reunida que construiría un nuevo puente para resarcir

el daño que mi peso había hecho. Y así lo hice: Después de mi presentación oficial en la plaza como nuevo miembro adoptivo de la gran familia de los Enuaín, con cuidado de no dañar nada más, regresé al Espeso Bosque, del que traje algunos troncos lo suficientemente largos como para construir el puente prometido.

Además de reparar el puente roto, construí otros dos puentes. También, restauré tejados, enderecé campanarios y destapé chimeneas. A cambio de estas y otras obras, la gran familia de Enuaín me obsequió un hacha, un martillo, mantas y ropajes. Todo esto de mi tamaño. Además, me ofrecieron abundante bebida y comida.

Pese a las buenas relaciones con Edgardo y su gran familia, yo me sentía encerrado allí, en ese pueblo que parecía de juguete, por el que debía moverme con mucho cuidado para no pisar a nadie ni tirar abajo alguna casita. Así que, al terminar el tercer puente, agradecí la generosa oferta de vivir entre ellos, pero les confesé que prefería internarme en el Espeso Bosque. Fue entonces que muchos se preocuparon por las incomodidades que yo pudiera pasar. Así que no solo me llenaron de más regalos, sino que un buen número de voluntarios se ofreció para ayudarme a construir entre las copas de los árboles esta casa en la que ahora vivo libre del miedo que sufrí durante tanto tiempo.

Capítulo V

Eusebio Mensajero de Buenas Nuevas

Al concluir tanto la cena como la historia de Jenofonte narrada por Eusebio, Marianela señaló que aún faltaba el postre. Le pidió a Iván que la acompañara a la cocina para servirlo. Una vez a solas, Elías le dijo a Eusebio:

—Me gustó mucho la historia de Jenofonte. Un gigante que se hace amigo de un enano…

—Yo no he hablado de enanos —lo interrumpió Eusebio.

—Tú sabes a lo que me refiero —reparó Elías.

—No, no sé a qué te refieres. Lo que sí sé es que no es una buena idea usar esa palabra en el Enorme Pueblo. Les recuerda la persecución…

—Bueno, pero no estamos en el Enorme Pueblo. Aunque si no quieres que use esa palabra, usaré otra, aunque en este momento no se me ocurre cuál podría ser…

—En el Enorme Pueblo, ellos se denominan a sí mismos Ilunis o Ilúnides. Y cada gran familia tiene su nombre y su historia…

—Hablas como si realmente hubieras estado allá —repuso Elías.

Marianela e Iván no tardaron en regresar trayendo consigo una tarta de fresas, espinaca, almendras y miel. Marianela se encargó de servir una rebanada a cada uno y, tras hacerlo, le dijo a su hermano:

—Muy bonita tu historia del gigante; pero no nos has contado todavía cómo terminaste en la caravana.

—Ten paciencia, mujer. Es importante que conozcan todo lo que me condujo a ser parte de la caravana a la que pertenezco. No he llegado a ser lo que soy de un día para el otro…

—¿Y qué pasó con la carta? ¿Pudiste encontrar a la hermana del tonelero de nombre extraño? —preguntó Iván.

—Pronto lo sabrás, Vani. Déjame seguir con la historia —respondió Eusebio, para luego probar la tarta que había preparado su hermana—. Está deliciosa, Mari —ella agradeció con un gesto—. Bueno, les estaba contando que pasé la noche en la casa del árbol de Jenofonte. Al día siguiente, me llevó en su bolsillo a recorrer el Espeso Bosque. Fue entonces cuando lo vi pescar por primera vez: Se metió al río, introdujo sus manos en el agua y las cerró de un momento al otro; luego, ambas manos unidas salieron del agua, llevando el fruto de la pesca. Me miró y, sonriendo como niño travieso, arrojó hacia mí el agua con los peces que tenía entre las manos —Eusebio rio—. Quedé bañado de un solo golpe, con peces sacudiéndose en el piso a mi alrededor. Después, como un estruendo, resonaron las carcajadas del gigante, llenándome con su eco de ganas de reír también.

»Fue muy divertida mi estancia en el Espeso Bosque con Jenofonte. Él se encargó de llevarme al Enorme Pueblo. Ese último trayecto fue increíble, porque buena parte de él lo recorrió Jenofonte, conmigo en su bolsillo, yéndose por las ramas, como si fuese un enorme mono marsupial.

»El día que llegamos había mercado en las calles. Eso obligó al gigante a dejarme a la entrada de la zona en la que vivía Edgardo. Una vez en tierra firme, un par de habitantes se acercaron a mí, se presentaron y, por solicitud

de Jenofonte, se ofrecieron para llevarme hasta la casa de Edgardo. Yo me dejé guiar.

»Al ir recorriendo aquellas calles, lo primero que me sorprendió fue el tamaño de todo lo que me rodeaba. Tenía razón Jenofonte: Parecía un pueblo de juguete. Sin embargo, mi interés por el tamaño de las cosas fue rápidamente reemplazado por otro. La gente a mi alrededor no me expresaba con su mirada sentimientos especialmente hospitalarios. Es más: Me atrevería a decir que vi en sus miradas un miedo y una desconfianza que me recordaron las palabras de Jenofonte. No era una situación nada cómoda ir transitando ante la gente, con un hombre a cada lado, como si me llevasen preso por haber cometido algún delito. Así que para no parecer delincuente, metí la mano en mi mochila y de ella extraje la carta enviada por Pliugdt. La sostuve frente a mí, sin dejar de caminar, para que todos pudieran ver que yo simplemente venía a traer un mensaje.

»Al llegar a la casa de Edgardo, en lo primero en lo que reparé fue en su tamaño. Era visiblemente más alta y espaciosa que todas las demás. Fue él quien abrió la puerta y, después de escuchar lo que dijeron mis acompañantes, estrechó mi mano y me dio la bienvenida en su hogar como huésped enviado por Jenofonte.

»Una vez dentro de la casa, me ofreció un lugar en su mesa y sirvió generosa cantidad de comida. No fue mucho lo que hablamos. Debo confesarles que yo iba convencido de que Edgardo sería igual de amable que Jenofonte. Pero no fue así; incluso, me sentí tratado con cierta distancia, casi displicente, que no esperaba del pequeño amigo del gigante.

»Recuerdo bien que, entre lo poco que me dijo aquella primera vez, Edgardo me repitió varias veces que no saliera solo de su casa, ya que había personas en el Enorme Pueblo que no gustaban de hombres de mi estatura. Añadió que, mientras yo estuviera a su lado, nada malo tendría por qué pasarme, ya que en su zona estaban acostumbrados a verlo acompañado por todo tipo de criaturas. Luego, me pidió algunos detalles acerca de la carta que traía.

»Sin dar demasiadas vueltas, le conté a Edgardo la historia que ustedes ya conocen. Él, al escucharme, se rascó la barbilla y me pidió que le enseñara el sobre, para ver si en él había alguna indicación que facilitara la labor de hallar a Ijli.

»En el sobre, Edgardo reconoció un curioso monograma. Pronunció en voz alta una extraña palabra que no entendí. Fue esa la primera vez que escuché el nombre de la gran familia de Pliugdt e Ijli, la gran familia de Okljadl. Luego, se volvió a rascar su lampiña barbilla y, sin dejar de mirar el piso, me dijo: «Mañana después de almuerzo te acompañaré a buscar a Ijli. Por lo pronto, come y duerme todo lo que necesites». Dicho esto, me indicó en qué habitación podía quedarme, para después despedirse y salir de casa.

—¿Y a dónde fue? —preguntó Iván.

—No lo sé. Lo que sí sé es que comí y dormí como si fuera Jenofonte. Al día siguiente, me levanté a mediodía. Encontré la mesa nuevamente llena de comida; pero no vi a Edgardo por ninguna parte. Él llegó un rato más tarde, cuando ya había yo saciado mi apetito. Me preguntó si estaba listo para salir y, ante mi respuesta afirmativa, con un gesto me señaló que lo siguiera. Justo

cuando íbamos a salir de la casa, dijo mirándome a los ojos: «Es ideal que lleves la carta en la mano y permitas que sea yo quien hable mientras estemos en la calle».

»Fue un trayecto largo a pie, de más de una hora, que bien habríamos podido recorrer en menos tiempo de haber encontrado una carreta en la que yo cupiera. No intercambiamos palabras hasta llegar a la puerta de la casa de Ijli. Una vez allí, Edgardo se limitó a decir que él se encargaría de ser mi intérprete. No entendí muy bien a qué se refería y toqué el timbre de la casa. Tras algunos segundos, al otro lado de la puerta se escucharon pasos pesados que se acercaban a abrirla. Se trataba de una mujer un poco más baja que Edgardo, de generosas dimensiones, maternales maneras, abundantes patillas y sutil mostacho que, al vernos, no pudo esconder su sorpresa.

»Al tenerla ante mí, me presenté y le dije que traía una carta de Pliugdt para Ijli. Tan pronto dejé de hablar, Edgardo habló en un idioma que me fue incomprensible, pero intuí que le estaba traduciendo mis palabras a la mujer. Ella agradeció en su idioma y tomó en sus manos el sobre que yo le ofrecía.

»Ahí, delante nuestro, Ijli abrió el sobre y leyó en voz baja la hoja que este contenía. No tardó mucho en hacerlo; y, tan pronto terminó, con los ojos encharcados y una sonrisa de patilla a patilla, en su extraño idioma llamó a otras personas que, al instante, acudieron. Ijli les comunicó algo que hizo que todos gritaran, saltaran y se abrazaran de felicidad. Yo no entendía nada de nada; pero al menos me alegraba no haber transmitido malas noticias.

»De repente, uno de los familiares le preguntó algo a Ijli, a lo que ella, señalando una palabra escrita en la carta, dijo «Eiljde» repetidas veces. Al

verla y escucharla responder eso, Edgardo no se contuvo y preguntó: «¿Eilde? ¿Eilde Enuaín?». Ijli lo miró y contestó: «Eilj… Eilj… Eildt… Eilde Enuaín». Dicho esto, le acercó la carta a Edgardo y señaló una palabra allí presente. «¡No puede ser!», exclamó él, levantando sus brazos. Me animé a hablar para preguntarle qué pasaba. «Es de mi sangre. Sobrina por el lado de mi primo Egberto». Le aclaré que seguía sin entender nada. Él resopló malhumorado y dijo: «Mi sobrina Eilde Enuaín y el autor de esa carta, el hermano de Ijli, pronto tendrán su primer hijo. ¿Y sabes qué significa eso? —negué con la cabeza— Significa que ahora la familia de Ijli y mi familia están unidas por el vínculo entre tu amigo Pliugdt y mi sobrina Eilde…».

»Antes de que pudiera seguir hablando, Edgardo recibió un robusto abrazo de Ijli, que casi lo dejó sin aire. Él se dejó abrazar, sin poner mucho de su parte. Se notaba que la noticia que yo había traído no lo alegraba tanto como a Ijli y a su familia.

—¿Y qué era lo que tanto le molestaba? —preguntó Marianela— ¿Acaso no estaba de acuerdo con que su sobrina eligiera libremente con quién tener sus hijos?

—Al comienzo —contestó Eusebio—, yo creí lo mismo; pero como no le tenía mucha confianza, preferí no preguntarle; al menos no hacerlo en ese momento, teniendo a Ijli frente a nosotros —con un gesto le pidió a su hermana que le sirviera otra rebanada de tarta—. De verdad, está deliciosa —ella volvió a agradecer las palabras de su hermano—. Bueno, les decía: Después de abrazar a Edgardo, Ijli me abrazó. Me clavó su nariz en el centro del abdomen, mientras yo, encorvándome un poco, rodeé con mis brazos su ancha espalda.

Al parecer, le caí mejor que mi acompañante. Tras concluir el abrazo, empezó a hablarme, sin dejar de sonreír, invitándome con sus movimientos a seguir a su casa y tomar asiento en la mesa.

»Pese a que no era precisamente a él a quien Ijli le estaba hablando, Edgardo respondió en ese extraño idioma. Acto seguido, me miró y dijo que debíamos irnos; y que ya habría otra ocasión para visitar a Ijli y a su familia, para celebrar la unión de las dos familias. Yo, por mi parte, sin entender muy bien por qué Edgardo había rechazado la invitación, agradecí torpemente y, sin pensarlo demasiado, metí la mano en mi mochila y de ella extraje uno de los pastelitos que llevaba…

—¿Un pastelito? —lo interrumpió Iván —¿De dónde lo sacaste?

—Lo tomé cuando aún estaba en la casa de Edgardo. Cuando pasas hambre, te queda la costumbre de portar comida, por si acaso…

—Lo que yo no entiendo —habló ahora Marianela— es por qué le ofreciste algo de comer. ¿Acaso la viste mal alimentada?

—Nada de eso. Ya les dije: Lo hice sin pensarlo, como una forma de retribuir la alegría que me había transmitido con su abrazo —tomó un trozo de tarta y lo llevó a su boca—. Ella recibió el pastelito, lo devoró de un solo bocado y me volvió a abrazar. Tras el abrazo, empezó a hablarme nuevamente. Entonces, Edgardo tomó la palabra una vez más, pero dirigiéndose a mí. Me dijo que Ijli me ofrecía su casa para quedarme allí todo el tiempo que estuviera en el Enorme Pueblo. Luego, demostrándose impaciente, me instó a decidirme: «¿Te quedas acá o regresas conmigo?». No supe qué responder. Si me quedaba en casa de Ijli podía parecer que despreciaba la

atención ofrecida por Edgardo. Y si retornaba con Edgardo, Ijli podía pensar que yo no tomaba en serio su gratitud…

—¿Y qué hiciste, tío Bito?

—Antes de que yo pudiera responder, Ijli intevino. Le dijo a Edgardo no sé qué. Al escucharla, tras rascar su barbilla, él le respondió algo con tono cortés, para después mirarme, extenderme su mano y despedirse de mí.

—¿Y qué fue lo que le dijo Ijli?

—Te explico: Primero Ijli nos había invitado a seguir, para comer con ella y su familia. Edgardo había agradecido la invitación, pero había dicho que debía ponerse con urgencia a avisarle a toda su gran familia acerca del nuevo vínculo con la gran familia de Okljadl. Ijli entendió y aceptó las razones de Edgardo; pero eso no significaba que el mensajero, es decir yo, debiera acompañarlo en tal labor, por lo que reiteró su invitación a mí. Fue entonces que Edgardo se rascó la barbilla, aceptó las razones de Ijli y se despidió, ya que debía empezar de inmediato a informar a su gran familia, para ponerse a organizar la ceremonia de la unión entre los Enuaín y los Okljadl… Mari, podrías servirme una última rebanada. No sabes hace cuántos años no probaba un postre tan sabroso…

Marianela le sirvió una tercera rebanada a su hermano y no pudo evitar decirle:

—Me parece que entre más comes, más extiendes la historia. ¿Cuándo nos vas a hablar de la caravana?

—No cualquier comida —contestó Eusebio— me pone tan locuaz. Además, ya te lo dije: Es la historia de una parte muy importante de mi vida y creo que

es necesario que ustedes la conozcan con cierto detalle. Aunque es verdad lo que dices, tal vez me estoy extendiendo demasiado. Así que trataré de resumir lo poco que falta de la historia.

»Permanecí algunas semanas en casa de Ijli. Aprendí unas cuantas palabras de su idioma, aunque la mayor parte del tiempo nos comunicábamos con gestos, que a ambos nos hacían reír. Durante el tiempo que fui acogido por ella y su familia pude comer y descansar a mis anchas. Además, pude recorrer algunas otras zonas del Enorme Pueblo. Vi cosas increíbles, pero eso lo contaré en otra ocasión. Lo que no puede saltarme es que, dentro de las personas que Ijli me presentó, conocí a un primo suyo llamado Alkdl, con quien me entendí muy bien desde el primer momento. Él hablaba muy bien nuestro idioma; y era también Carrero. Me contó que pronto llegaría al Enorme Pueblo una caravana a la que él se uniría. Era la única caravana que conocía el camino para atravesar el Espeso Bosque con carretas y enseres. Yo le pregunté si podía unirme también. Alkdl me respondió que para ello debía formar parte de una de las grandes familias del Enorme Pueblo…

—Pero entonces es una caravana de solo hombres de baja estatura —alegó Marianela.

—No. Pude ingresar a ella porque en la ceremonia de unión de las familias de Enuaín y Okljadl, fui tomado como hijo adoptivo de esta última familia, hermano de corazón de Ijli. Además, ante el numeroso público allí reunido, fui nombrado Mensajero de Buenas Nuevas, lo que, para un simple Carrero como yo, es un gran título…

Nácar, que había estado todo el tiempo dormitando sobre las piernas de Eusebio, se desperezó con parsimonia. Bostezó un par de veces, enseñando sus afilados colmillos.

—Tienes razón, bella Nácar —le habló Eusebio—. No vendría mal dormir un rato. A fin de cuentas, nos espera aún un largo viaje…

»Bueno —concluyó Eusebio tras también bostezar—, pues esa es la historia. Así fue como me uní a la caravana…

Capítulo VI

Cuenta Iván

Eusebio se levantó pesadamente de la silla, llevando a Nácar en sus brazos. Caminó hasta el sofá más cercano, que era también el más largo que había allí, y se volvió a sentar.

—Mari —habló Eusebio acomodándose horizontalmente en el sofá, con Nácar en su pecho—, ¿podrías prestarme algunas mantas?

—¿Vas a cobijar un animal silvestre con mis mantas? —dijo Marianela mirando a Nácar.

—Uno no, dos, dos animales silvestres —respondió Eusebio sonriendo—; aunque, a decir verdad, creo que las mantas no son necesarias. Tanta comodidad me haría imposible levantarme…

—¿En serio te vas a dormir? —alegó Iván.

—Es cierto, Vani, que yo vine hoy a saludarlos; y, sobre todo, a escucharte. Pero si no estás de ánimo para hablar, puedo entenderlo. Además, ya conté suficiente por esta noche, está bien que los deje descansar de mis historias.

Dicho esto, Eusebio abrazó a Nácar, cerró sus ojos y dejó caer suavemente la cabeza hacia un lado.

—¡No puedes dormirte! —exclamó Iván— Llevas años sin venir a visitarnos…

Eusebio, sin perder la postura, abrió un ojo, miró a Iván y le respondió:

—Muy bien, Vani. Si no quieres que duerma, no dormiré. Pero dime, entonces, qué debo hacer. Ya conté mis historias… y todavía tengo ganas de escuchar qué pasó con Voraz…

—No sé si quieras saber qué pasó con él —musitó el joven.

—Yo tampoco sé si quiero saberlo, Vani; pero lo que sí sé es que necesito saberlo. Y necesito que seas tú quien me lo cuente…

—¿Y por qué Vani? —intervino Elías— Si es necesario, yo te puedo contar qué fue lo que le pasó a Voraz.

—Te lo agradezco mucho, mi querido Elías —habló Eusebio incorporándose en el sofá, sin soltar a Nácar—. De verdad, creo que sería muy amable de tu parte que lo hicieras…

—Muy bien —lo interrumpió Elías—, pues yo te lo contaré…

—Pero no es necesario —replicó Eusebio, a lo que Elías respondió con un claro gesto de incomprensión y extrañeza—; ya otras personas me han contado qué pasó. Lo que yo necesito escuchar es la historia de Voraz contada por Vani, ya que él estuvo presente cuando todo ocurrió…

—¿Cómo es eso? —intervino Marianela— ¿Acaso alguien te contó lo que pasó con Voraz? ¿Cómo puede ser eso posible?

—Pireia es una región muy tranquila —contestó Eusebio—, quizás demasiado tranquila. Por eso, cada vez que ocurre algo extraordinario, no tarda en ser conocido y contado… y exagerado…

—¿Y qué fue lo que te contaron? —insistió Marianela.

—Ya te lo dije, Mari, ya conté suficientes historias por hoy. Además, prefiero escuchar a Vani; o dormir un rato porque, de verdad, me espera una larga travesía…

—¿Y qué es lo que quieres que te cuente? —preguntó Vani, mirando a su tío.

—Quisiera saber qué ocurrió, desde que saliste de Goleo, con Emilia, Voraz y las cuatro ovejas y el corderito que te regalaron los del pueblo como muestra de gratitud por tu música…

—¿Cómo sabes que salí de Goleo con cuatro ovejas y un corderito?

—Ya te lo dije, Vani. Eso lo saben todos en Pireia. Lo que no se conoce bien es lo que pasó después, en el trayecto hasta esta casa.

—En Goleo también pasaron cosas que no todos en Pireia conocen —habló quedamente Iván.

—¿De qué estás hablando, Vani? —preguntó su mamá.

—Es algo que pasó, algo bueno, y que todavía no sabes —dijo Iván con su mirada en los ojos de Marianela—; aunque no sé si te vaya alegrar…

—Pero Vani, qué cosas dices —exclamó la mujer—; lo importante no es si me alegra a mí, sino que te alegre a ti. ¿De qué se trata? ¿Te dieron algún premio especial en el Carnaval de Goleo? ¿Te nombraron Rey Variopinto de este año? —el muchacho negó con la cabeza— ¿Qué es? Cuéntame, por favor, me estás intrigando.

—Ustedes saben —comenzó Iván— que, en los últimos carnavales en los que he estado, he compartido el escenario con otras personas, algunas muy

famosas e importantes, como el grandioso Jaime Malabar o la murga de los hermanos Yamandú y Tabaré…

—Sí, lo sabemos bien; y me alegra mucho que haya gente tan importante que reconozca tu talento y comparta contigo el escenario.

—Lo que pasó en el último Carnaval fue algo más. El gran Yamandú nos propuso a Emilia y a mí formar parte de su murga; y viajar con ellos por toda la Gran Península, llenándola de música, baile y alegría…

—¿Y tú qué le contestaste? –inquirió inquieta Marianela.

—El gran Yamandú me dijo que no debía contestar aún. Primero debía pensarlo, hasta cumplir dieciséis años… Es decir, él espera que le responda en el Carnaval del próximo año.

—¿Y qué has pensado?

—No sé, mamá…

—¿Pero quieres irte con ellos? ¿Quieres irte con la murga a pasear por toda la Gran Península? —insistió Marianela.

—No lo sé. Aunque me gusta imaginar de vez en cuando que estoy con ellos en otros escenarios de otros carnavales haciendo feliz a otra gente…

—¿Y qué dice Emilia?

—Creo que ella está igual de confundida que yo; o quizás no tanto, porque ella quiere dedicarse al oficio de cantar…

—¿Y tú? ¿Tú a qué oficio quieres dedicarte?

Eusebio bostezó.

—Mari, es muy difícil que Vani —dijo tras su generoso bostezo— pueda contar su historia si no haces más que interrumpirlo con tus preguntas. Déjalo hablar, déjalo que cuente…

—Creo que Vani —intervino Elías— puede contar lo ocurrido y, al mismo tiempo, ir respondiendo nuestras preguntas. Para nosotros es muy importante saber qué oficio desea elegir. Además, todos sabemos que tiene un don y que cuando cumpla dieciséis podrá ser llamado a presentarse ante el rey… Aunque, de todas maneras —continuó, mirando a su hijo—, tú sabes que, después de lo que pasó con aquellos lobos, siempre tendrás un lugar reservado entre nosotros los Pastores. Nunca lo olvides…

—Eso lo sé, papá —retomó Iván—; y también sé que eso me confunde aún más, porque es verdad que yo podría ser un gran Pastor…

—También podrías ser un gran Guerrero —lo interrumpió Marianela.

—Sea lo que sea —habló entonces Eusebio levantando un poco su voz—, es su decisión; y habrá que esperar al menos hasta que cumpla dieciséis años para que elija un camino. Y para eso aún falta tiempo, así que creo que lo mejor es que le permitan a Vani contarme lo que pasó desde que salió de Goleo hasta que regresó a acá sin Voraz ni timbal…

—¿También sabes lo del timbal? —inquirió Iván a lo que Eusebio asintió— ¿Qué otra cosa sabes?

—Sé que quiero que me cuentes…

—Está bien —accedió Iván finalmente—. Salimos Emi, Voraz y yo, junto con las cuatro ovejas y el corderito, al terminar el Carnaval de Goleo. El tío

Freides se fue en su carreta con los mellizos a llevarlos a casa. Tras dejarlos, vendría hasta acá a recoger a su hija.

»Emi y yo decidimos regresar andando, por una ruta que he recorrido varias veces con mi papá. Quería probarme como Pastor. Ser capaz de conducir las ovejas de Goleo a casa, sin que sufrieran ningún daño, durante cinco días y cuatro noches, que es lo que toma, a buen paso, venir de Goleo hasta acá.

»Durante la primera mitad del camino, todo salió muy bien. El clima nos fue favorable y Emi y yo pudimos hablar mucho tiempo acerca del Carnaval y de la propuesta que nos había hecho el mismísimo Yamandú.

»La tercera noche la pasamos en el Valle de las Miradas. No estaba en nuestros planes parar allí pero, debido a que nos habíamos detenido varias veces a contemplar el paisaje y a jugar con el corderito, fue allí donde la noche nos encontró, así que no tuvimos más opción que buscar un rincón acogedor en el que prender una fogata y acomodarnos para comer y dormir.

»Aquella noche comimos hasta saciarnos. También Voraz quedó lleno. Nos acomodamos alrededor de la fogata y yo rápidamente caí dormido. No sé cuánto tiempo dormí. Me despertaron los ladridos de Voraz. Lo primero que sentí al abrir los ojos era que estaba en mitad de una pesadilla. En medio de la oscuridad, vi que tres lobos intentaban atacar a las ovejas y al corderito; y que Voraz se había lanzado a defenderlas. Y vi cómo esos tres lobos se abalanzaron sobre Voraz… Vi cómo él intentó defenderse…

La voz de Iván parecía estar a punto de quebrarse. Eusebio, aprovechando el silencio del joven, intervino:

—Así que tres lobos. En Goleo me hablaron de diez. Además, dijeron que estaba lloviendo a cántaros en el momento en el que atacaron…

—¿Diez? —exclamó Iván— No, no, no. Eran tres. Solo tres. Y cuando yo vi que Voraz caía y no se levantaba, agarré el cayado de mi padre y corrí a defender a mi amigo, al primo peludo, como le decía Emi…

—¿El cayado de tu padre? ¿Fue con eso con lo que te enfrentaste a los lobos?

—Sí, ese mismo cayado que tú le trajiste cuando me trajiste a Voraz… Papá me lo prestó…

—Así es —habló Elías—. Todo buen Pastor ha de llevar un buen cayado. Es más, desde lo que ocurrió, estoy convencido de que ese cayado es ahora más tuyo que mío…

Iván agradeció las palabras de su padre con un gesto y continuó con su historia:

—Corrí hacia los lobos y simplemente los golpeé con el cayado tan fuerte como pude… A cada uno le di un solo golpe, que los mandó muy lejos, como si fueran almohadas muy livianas…

»Después de golpear a los lobos, me olvidé de ellos, solté el cayado y me arrodillé junto a Voraz. Emi, al ver que los lobos habían volado por los aires, se acercó y se sentó a mi lado. Traía consigo mi timbal. Yo lo saqué del zurrón y, sin usar las baquetas, me puse a tocarlo. Primero muy suave y muy lento; después, muy fuerte y muy rápido.

»Emi empezó a cantar; y entonces ocurrió algo que nunca antes había pasado. Ustedes saben que el verdadero don de Emi no es solo cantar, sino

ahuyentar con su canto toda tormenta, así al tío Freides no le guste que se ande diciendo eso.

»Lo que pasó cuando Emi cantó en ese momento fue todo lo contrario. La noche se nubló de repente al escucharla; y empezaron a caer enormes gotas del cielo, a un ritmo que parecía querer competir conmigo…

—Creía que estaba lloviendo cuando los lobos atacaron —habló Eusebio.

—No —exclamó Iván—, la lluvia la trajo Emi con su canto… y también fue su canto el que me impulsó a seguir tocando, cada vez más duro, hasta dejar de sentir las manos. Y, de repente, después de golpearlo y golpearlo, el tímpano de mi timbal se reventó. Sonó como cuando le diste con el cayado. O tal vez sonó aún más fuerte…

»Ese es uno de los últimos recuerdos que tengo de esa noche. Algo se rompió en mí cuando rompí el timbal…

—Voy a preparar té de manzanilla —dijo Marianela, que se había puesto de pie al escuchar la última frase de su hijo.

—¿Así que en Goleo —tomó la palabra Elías— se dice que mi hijo fue capaz de derrotar, él solo, a una jauría de diez lobos en mitad de una tormenta?

—Eso es lo que cree mucha gente; y, si me apuras, te diría que me parece que en estos tiempos no es muy conveniente alimentar tales exageraciones…

—¿Qué hay de malo? —replicó Elías— A fin de cuentas, la gente siempre cree lo que quiere creer. No la puedes obligar a que no exagere las historias que escucha. Además, si lo que cuentan de mi hijo en Goleo es como tú dices, se darán cuenta de que Vani es mucho más que un Tamborilero de Carnaval…

—En eso estoy de acuerdo —exclamó Marianela desde la cocina.

—Estabas diciendo —retomó Eusebio, mirando a su sobrino— que es poco lo que recuerdas después de que el timbal sonó por última vez…

—Sí —confirmó Iván—. Aunque me acuerdo de todo lo que pasó, al recordarlo lo veo como si hubiera sido parte de una historia que me hubieran contado, no de algo que yo haya vivido… Es algo muy extraño…

»Recuerdo que, en algún momento, Emi se puso de pie y me dijo que debíamos buscar dónde refugiarnos de la lluvia. Yo levanté a Voraz y ella tomó el timbal roto. Como si supieran que estábamos buscando dónde guarecernos, las ovejas empezaron a balar. Ellas y el corderito estaban bajo una saliente de rocas que las protegía de la lluvia y las ráfagas del viento.

»Con mucho esfuerzo, entre Emi y yo conseguimos encender un fuego y hacer una pequeña fogata…

—Pero Voraz… —habló Eusebio.

—Él se fue mientras estábamos tocando y cantando… No alcanzó a escuchar cuando el timbal se rompió…

»Al día siguiente —prosiguió Iván—, cavamos con Emi una tumba en la tierra húmeda y sepultamos a Voraz, junto con el timbal…

—Pensé que los habían enterrado en otra parte, quiero decir, más cerca de esta casa…

—Mi papá me enseñó una cosa, recorriendo las rutas de Pireia. Si en el camino pierdes a un compañero de viaje, sea un perro, una oveja o una persona, debes enterrarla junto al camino, para que cada vez que pases por

ahí lo recuerdes; y también para que cuide a otros Pastores que transiten por ahí…

Marianela regresó de la cocina con una bandeja en la que llevaba cuatro tazas. Le ofreció una a cada uno, para después tomar la suya y acomodarse en un sillón junto al sofá en el que estaba su hermano.

—Hay algo que dijiste —habló Marianela a Eusebio— que no he terminado de entender. Hace un momento, cuando Elías celebró que de nuestro hijo se hablen maravillas en Goleo, tú le replicaste que, en estos tiempos, eso no es recomendable. ¿A qué te refieres con eso de ‘en estos tiempos’? Tú siempre has estado en contra de que la gente con dones se presente ante el rey. Eso lo sé. Y también sé, todos aquí sabemos, que Vani tiene un don. Un don que le permite tocar el timbal mejor que cualquier otro; pero también es un don que le ha permitido deshacerse de una jauría de lobos sin demasiado esfuerzo. Con un golpe para cada uno fue suficiente…

—Hay cosas que están cambiando en la Gran Península —habló Eusebio—. Está claro que aquí, a esta provincia, ese tipo de noticias no llegan, porque aquí a la gente le interesa más lo que le pasa a los vecinos que lo que pueda estar ocurriendo en la corte de Cambra…

—¿De qué estás hablando? —preguntó Elías— Yo siempre he vivido en esta provincia y nunca he dejado de interesarme por lo que ocurre en Cambra. Incluso, igual que mi papá, he leído algunos tomos de las *Crónicas Laercias*, para saber mejor quién es nuestro rey…

—Es cierto, Elías —respondió Eusebio—, tienes razón. Discúlpame. No quería decir eso. Simplemente, lo que digo es que es difícil que aquí lleguen

rumores sobre lo que está pasando en la corte de Cambra, rumores que incluso muchos habitantes de Cambra ignoran…

—Rumores, rumores, rumores —lo interrumpió Marianela—, tú siempre con tus rumores, Bito. En eso no has cambiado…

—Es cierto, Mari, desde pequeño siempre me han interesado los rumores. En eso no he cambiado. Pero te puedo asegurar, más allá de cualquier rumor, que las cosas están cambiando en la Gran Península…

De repente, como si hubiera escuchado un urgente llamado, Nácar se incorporó súbitamente y, sin detenerse siquiera a desperezarse, se dirigió a la cocina con ágiles movimientos.

—Creo que ya se va acercando la hora de que me vaya —retomó Eusebio.

—Pero espera un momento —habló Elías—: ¿Qué es aquello que aseguras que está cambiando? ¿Acaso el rey está enfermo?

Antes de contestarle, Eusebio se puso de pie, se desperezó y recogió su mochila.

—En la corte de Cambra, nadie sabe a ciencia cierta dónde está el heredero al trono, el joven Laercio Séptimo, futuro rey…

—Eso es imposible —exclamó Marianela—. Debe estar paseando con sus amigos por el reino, antes de que deba asumir la máxima responsabilidad…

—Eso es lo que creen los más optimistas en la corte —repuso Eusebio—; pero el rey ya ha empezado a preocuparse, porque son tres años los que lleva sin saber nada de su hijo. Además, al Palacio Real han vuelto a llegar las mismas amenazas que recibió Piero el Fiero después de coronarse rey de la Gran Península...

—Muy bien, Bito —retomó Marianela—, digamos que es cierto que el rey no sepa dónde está escondido su hijo. Pero, ¿qué tiene que ver eso con mi hijo y con que la gente ande diciendo que Vani, sin haber cumplido los dieciséis años, ya es capaz de enfrentar y derrotar una jauría de lobos llevando tan solo un cayado? No entiendo qué relación hay entre una cosa y la otra, ni porque parece molestarte que la gente exagere un poco acerca de lo que Vani es capaz de hacer con su don.

—Es muy sencillo, Mari: Si el rey está preocupado por el paradero de su hijo, reunirá la mayor cantidad de gente para que le ayude a ubicarlo. Es más, eso ya empezó. Me he cruzado varias veces, en el último año, con numerosos miembros de la Guardia Real recogiendo a jóvenes sin oficio para sumarlos a los ejércitos…

»Pero bueno —resopló Eusebio—, qué mas da. Como siempre te he dicho, tú decides si creerme o no. A mí lo único que me resta hacer antes de irme —bebió un sorbo largo del té de manzanilla—, es entregarle a Vani el regalo que le traje y que dejé olvidado en la carreta.

—¡Es cierto! —exclamó Iván— Ya lo había olvidado.

—Vani podría adelantarse —propuso Marianela—, ¿no es así? Podrías encargarte de sacar el caballo de la caballeriza…

—El caballo se llama Jarabe —la interrumpió Eusebio.

—Vaya nombres que les pones a tus animales —alegó ella.

—Me gusta llamar a los animales por su color.

—Muy bien —accedió Iván—, yo me adelanto y me encargo de Jarabe.

Marianela le agradeció a su hijo y, una vez él hubo salido, miró a Eusebio y le preguntó:

—¿Qué es eso de que la Guardia Real está recogiendo jóvenes sin oficio? La última vez que algo así ocurrió fue hace muchos años, cuando…

—Cuando el rey Laercio Cuarto —completó Elías— se vio amenazado por una rebelión que se desató en Altaya…

—Así es —dijo Eusebio—. Y lo repito una vez más: Las cosas están cambiando en la Gran Península; y me parece que no es buen momento de andar alimentando exageraciones sobre lo que es capaz de hacer Vani...

Dicho esto, bebió de un solo sorbo lo que quedaba de su té y se acercó a Marianela y a Elías para despedirse de ellos. Tras largos abrazos, cuando ya Eusebio se disponía a salir de casa, Marianela exclamó:

—Espera, Bito, hay algo que había olvidado. Tú siempre que has venido a esta casa, has traído regalos para nosotros. Creo que es buen momento de que te lleves hoy un regalo que te hice y que tengo guardado desde hace muchos años…

—¿Qué es? —la interrumpió Eusebio, visiblemente sorprendido.

—Espérame aquí un instante. Tengo tu regalo en mi habitación. No tardo.

Marianela recogió la bolsa de papel en la que estaba envuelto el regalo para su hermano. De vuelta junto a él, se lo entregó, diciéndolo:

—Mi idea era dártelo en el Carnaval de Goleo, por si nos encontrábamos allá, las veces que fui…

Eusebio tomó la bolsa, la abrió cuidadosamente y de ella extrajo una larga bufanda de lana de muchos colores.

—Está muy hermosa —exclamó Eusebio al verla—; será una gran compañía.

Hermana y hermano volvieron a abrazarse; y este último salió de la casa rumbo al cobertizo donde ya lo esperaba Iván, junto a Jarabe y la carreta.

Capítulo VII

La despedida

Al salir de la casa, Eusebio notó que ya había dejado de lloviznar desde hacía rato. La noche se había despejado y una rutilante luna, en avanzado cuarto creciente, brillaba en lo alto del cielo. Caminó hacia su carruaje y allí halló a Iván, que se había encargado de asegurar a Jarabe a la carreta.

Eusebio encontró el regalo de Iván sobre el pescante del carruaje. Se trataba de una flauta marrón, delgada como un dedo y de larga como una de sus manos. Sin demasiada ceremonia, se la entregó a su sobrino y le pidió que intentase hacerla sonar. Iván la tomó, la observó durante un instante y luego llevó uno de los extremos de la flauta a sus labios, por el que sopló con fuerza varias veces. Con esto produjo Iván una serie de insoportables pitidos, que lo convencieron de no intentarlo más.

Al regresar el silencio, se escucharon gruñidos y movimientos al interior de la carreta; y antes de que Iván pudiera preguntar qué o quién estaba generando esos ruidos, del fondo del carruaje salió un hombre corpulento, de baja estatura y generosa barba que, sin mediar palabra, se dirigió a Iván y, con un rápido movimiento, le arrancó la flauta de las manos. Después, sin dejar de resoplar, dijo algo a Eusebio en un idioma que Iván nunca había escuchado. Eusebio palmeó amistosamente un hombro del hombre recién aparecido y sin poder esconder su diversión le dijo:

—Nadie nace aprendido, mi querido Uldt, nadie nace aprendido. En lugar de refunfuñar tanto y ofuscarte con él, deberías enseñarle…

—No sabe —habló Uldt con un curioso acento—, no sabe ni agarrar flauta. Además, sopla como cargando roca en espalda.

—Mi instrumento no es la flauta, es el timbal —se defendió Iván.

—No le pongas tanta atención, Vani. Uldt es feliz cada vez que encuentra algún pretexto para gruñir. Es su deporte favorito, ¿no es así? —volvió a palmear el hombro de su amigo— En lugar de gruñir tanto, deberías demostrarle a Vani cómo se hace cantar esta flauta.

Uldt algo más farfulló que Iván no pudo entender. Luego, con delicadeza inesperada, acomodó sus leñosos dedos sobre la flauta y la llevó a su boca, manteniéndola horizontal.

—Es flauta travesera —dijo mirando al joven—. Así suena flauta, no como tú soplas.

Dicho esto, Uldt tocó una hermosa melodía que, de no ser porque veía de dónde salía, Iván habría creído que se trataba de un jilguero, un canario o un ruiseñor anunciando un nuevo día.

Al terminar de tocar, sin dejar de hacer mala cara, Uldt le regresó la flauta a Iván y le dijo:

—Flauta habla, no espanta.

Eusebio rio y aprovechó para presentarlos. De Iván dijo que era su sobrino favorito; y de Uldt señaló que era primo cercano de Alkdt, también era Carrero y a veces lo acompañaba en su carreta.

—Uldt es tan gruñón que ni sus hermanos más cercanos lo soportan mucho tiempo seguido.

—No verdad, no cierto —alegó Uldt—. Yo no soporto ellos mucho tiempo.

—Será como digas, viejo amigo. Lo que está claro es que verte gruñir es de las cosas más divertidas que conozco.

Uldt masculló algo que Iván tampoco entendió y luego dijo en voz alta, mirando a Eusebio:

—Tiempo para salir. Yo puedo ir en pescante contigo, él atrás…

—No, Uldt, él no. Hoy no —lo interrumpió Eusebio.

—Pero…

—Paciencia, viejo amigo, paciencia. Déjalo cumplir dieciséis.

Uldt no respondió. Giró su rostro hacia Iván y extendió su mano, que estrechó con la del joven. Se despidió con tono solemne y subió a la carreta. Luego fue Eusebio quien se acercó a Iván y, tras reiterarle que se verían en Goleo para el Carnaval del año siguiente, lo abrazó con fuerza.

—Voraz vive ahora en una estrella en el firmamento —le musitó mientras lo abrazaba—. Desde allí nos observa, nos protege, nos cuida…

Tras el abrazo, Eusebio subió también al carruaje y alentó con un grito a Jarabe para que diera comienzo a la marcha.

—¡Adiós, Vani! —dijo Eusebio tras arrancar— Hazle compañía a tus padres… y no dejes de alimentar tus sueños, que pronto llegará el momento de hacerlos realidad…

De pie, junto al cobertizo donde había estado la carreta, Iván vio cómo su tío se alejaba. De repente, cuando ya la silueta de la carreta lucía empequeñecida en el horizonte, Iván vio algo sorprendente: De un grupo de árboles y arbustos que había junto al camino, vio como uno de ellos se

desperezaba y comenzaba a andar, primero hacia la carreta y, después, a su lado.

Pero no, no era un árbol. Era un hombre, un hombre unas cinco veces más alto que el carruaje al que acompañaba y con el que desapareció, más pronto que tarde, en lontananza.

Cuando todavía no había terminado de salir de su sorpresa, Iván escuchó que alguien gritaba su nombre. Era Marianela, su madre, que había salido de improviso de la casa, invadida por un inesperado miedo.

—Vani, Vani… —repetía Marianela al ver a su hijo y abrazarlo.

—¿Qué pasa, mamá? ¿Te sientes bien?

—Sí, hijo, disculpa. No pasa nada. Es que creí que tú… Bueno, que Eusebio… No importa ya… Debe ser la edad, que me pone a pensar tonterías…

—No entiendo…

—No te preocupes, Vani, no tiene importancia. Lo importante es que estás aquí. Además —Marianela posó sus manos sobre los hombros de su hijo—, mírate, estás sonriendo.